

PERRO Y GATO

R. F. POYANCO

ILUSTRACIONES DE:
ALFREDO CÁCERES
(EN BASE A PERSONAJES
CREADOS POR CARLOS GAJARDO)



Viento Joven

I.S.B.N.: 978-956-12-1872-7.

2ª edición: mayo de 2011.

Obras Escogidas

I.S.B.N.: 978-956-12-1885-7.

3ª edición: mayo de 2011.

Dirección editorial: José Manuel Zañartu.

Dirección de arte: Juan Manuel Neira.

Dirección de producción: Franco Giordano.

© 2007 por Rubén Flores Poyanco.

Inscripción N° 163.201. Santiago de Chile.

Derechos exclusivos de edición reservados por

Empresa Editora Zig-Zag, S.A.

Editado por Empresa Editora Zig-Zag, S.A.

Los Conquistadores 1700. Piso 10. Providencia.

Teléfono 810 7400. Fax 810 7455.

E-mail: zigzag@zigzag.cl

Santiago de Chile.

El presente libro no puede ser reproducido ni en todo ni en parte, ni archivado ni transmitido por ningún medio mecánico, ni electrónico, de grabación, CD-Rom, fotocopia, microfilmación u otra forma de reproducción, sin la autorización de su editor.

Impreso por Salesianos Impresores, S.A.

General Gana 1486. Santiago de Chile

Para un ser maravilloso, tierno
y dulce, sin saber del tiempo, de
la vida compartida, del paseo de la
mano ni los juegos de niñez, Natalia,
vida mía, este libro es para ti...

R. F. Poyanco

"Todos me llaman perro y estoy orgulloso de serlo". Esta sencilla autopresentación del protagonista de *Perro y Gato* inicia esta obra que mi coterráneo R. F. Poyanco ofrece a niños y adolescentes. Quizás le habría bastado editar un cuento para niños y su tarea habría estado justificada en un ambiente poco prolifero a la hora de atender las necesidades de los lectores más jóvenes. Pero R. F. tiene ambiciones más extensas. Sin grandes pretensiones de estilo busca, a través del relato de aventuras de animales humanizados, promover valores cotidianos asociados a la amistad, la tolerancia y la lealtad. Una manera de promover formas de sana convivencia entre niños y jóvenes, necesitados de mensajes alentadores en medio del torbellino estupefaciente de la vida moderna.

Estoy seguro de que el lector se enganchará con los simpáticos personajes de esta novela y con sus historias que fluyen con sobria elegancia y lenguaje preciso. R. F. apela a la sensibilidad de los lectores; a ratos se acerca al género del drama, en otros juega con el realismo cotidiano y el sentido de lo lúdico, todo puesto al servicio de lecciones simples y contundentes. R. F. logra construir sus objetivos pedagógicos a partir de las aventuras de un "perro de familia" arrastrado a la calle por los avatares de la vida de sus amos. "No tengo dueño, aunque sí lo tuve" dice el protagonista de la obra. Y hasta proclama el derecho de formar una Agrupación de Perros Callejeros Sin Amos.

En sus correrías, los personajes de esta novela nos muestran el valor del cariño, de la amistad sincera y la lealtad sin condiciones. El bueno de Chato, el desorientado Gato, el aristócrata Peggy, el tímido Pailas, el bullanguero Buga y la práctica y dulce Princesa se van incorporando al relato cruzando su cotidianeidad con las vidas de los humanos. En el transcurso del relato se encuentran y desencuentran lo animal y lo humano, tejiendo las reglas de la vida, que se despliegan ante el joven lector como sabias y nobles enseñanzas. Será en la dureza, pellejería y adrenalina de la calle donde los personajes fraguarán su convivencia. Conoceremos el alma de todos ellos en su vagabundear por los campos, en el enfrentamiento de los apasionantes desafíos de la capitalina urbe. Como ocurre con los humanos, los personajes sabrán del dolor y el abandono. Cortejarán a una señorita de departamento, sufrirán "bajones de amor" y, como en las historias de los adolescentes, en un recodo de su camino aparecerá el amor buscado.

Digamos unas pocas palabras sobre nuestro amigo, el autor de esta obra. R. F. Poyanco nació en el Norte Grande, en la ya legendaria Chuquicamata, capital minera de Chile. En la inmensidad y dureza del desierto aprendió a hacer amistades y a repartir generosidad y afecto. Junto a sus amigos gatunos, perrunos y a otros seres de la amplia y variopinta especie de las mascotas, forjó



su propia sensibilidad y carácter. En esa convivencia descubrió que nuestras mascotas son como las personas. Como el niño o la niña, ellas necesitan la amistad y la convivencia cotidiana y aprenden con infinita lealtad a retribuir las.

R. F. Poyanco sabe bien que la ciencia nos enseña que el lenguaje es un maravilloso instrumento que nos permite comprender el sentido de nuestras experiencias cotidianas, organizarlas y compartirlas con los otros. Así nos forjamos como personas y así, también, construimos sociedad. En este cotidiano proceso descubrimos, expresamos y transmitimos no sólo conocimientos valiosos para otros, sino ternura y afecto, como tanto necesitan hoy nuestros jóvenes y nosotros mismos. El relato, la buena historia, atrae nuestra atención como un mágico imán, nos enseña a discriminar nuestras vivencias y potencia nuestras competencias mentales. Pero hay más que redescubrir. El relato es un puente afectivo y pedagógico insustituible que nos enseña a captar el sentido de la vida y a hacer sociedad.

Perro y Gato tiene un camino aún largo por recorrer. Dicen que sus amigables y querendones personajes se preparan para saltar al celuloide y, quizás, transformarse en celebridades del mundo de los audiovisuales. Por ahora, se conforman con nuestra amistad. Sólo nos piden un poco de atención y entrega. Dicen que el cariño será recíproco.



Alejandro Guillier

Espero que hoy no sea un mal día, o al menos no tan malo como el de ayer. Don Lucho estaba enfermo, no me dejó almuerzo y no comí nada durante todo el día. Por si fuera poco, tuve una pelea por un resto de hueso y más encima me encontré con un desalmado que quería desquitarse conmigo, quizás por algún problema que tendría con su mujer. En fin, esta vida es así.

Antes de continuar voy a presentarme. Soy un perro y no tengo nombre. Todos me llaman Perro y estoy orgulloso de serlo. ¿Saben por qué? Siempre he escuchado decir a los humanos que el perro es el mejor amigo del hombre. También he oído que dicen “mientras más conozco a la gente, más quiero a mi perro”. Por algo será. No tengo dueño, aunque sí lo tuve, pero hace mucho tiempo. Aún recuerdo que hasta poseí una vivienda propia en el patio de la casa de mis amos.

A pesar de que entonces yo era muy pequeño, recuerdo que un día llegó mucha gente a la casa y que todos lloraban. A mí me encerraron en mi casucha y sólo oía algo así como lamentos y voces bajitas. Desde mi casa podía ver que mi ama vestía de negro y que todos la consolaban. Mis dueños tenían un hijo, Pedrito, quien me cuidaba mucho. Era de muy poca edad, como yo, aunque desconozco cuántos años tenía. Sólo sé que ese año asistía por primera vez al colegio. Recuerdo su primer día de clases: todos corrían, tomaron el desayuno de pie y luego sentí el ruido del auto que partía rápidamente al colegio.

Al regreso, durante el almuerzo y desde el rincón del comedor donde me permitían echarme, oí todo tipo de preguntas: que cómo era el colegio, qué tal la profesora, qué le habían enseñado y si había hecho amigos. Mi amito sólo respondía con un sí o un no. No parecían haberle agradado las clases. Por suerte a nosotros no nos mandan a eso, que parece que no acaba nunca. En mis callejos he visto a niños grandes que continúan yendo al colegio. Y también a jovencitos que siguen asistiendo a unos colegios que llaman universidades. Claro que éstas parecen entretenerlos más, porque veo que se visten como les da la gana y hacen lo que quieren.

Hay hombres a quienes les he escuchado decir que tienen una "vida de perro". ¡Qué saben de la vida de un perro! Ellos caminan en sólo dos pies mientras nosotros tenemos que ocupar hasta nuestras manos para lograrlo. Sus manos tienen dedos que les permiten hacer muchas cosas, incluso trabajar y recibir dinero por ello. Muchos de nosotros trabajamos, pero sólo a los con mucha suerte se les paga con techo y comida. He visto a algunos de mis congéneres actuando en televisión, a otros trabajando como verdaderos guardias, incluso a algunos los utilizan en los aviones y aeropuertos para pesquisar no sé qué cosas. Otros son artistas, actúan en el cine o en los circos, pero jamás reciben un sueldo. Tampoco tienen vacaciones, ni menos pueden formar una agrupación. Deberíamos formar un círculo de perros que se llamara Agrupación de Perros Callejeros sin Amos.

Somos muchos los que no tenemos un hogar. Yo, al menos, y como ya lo dije, en una época tuve un dueño. Hay congéneres



que nunca lo tuvieron, que nacieron prácticamente en la calle y que siguen en la calle. La gente igual les pone nombre. Si el perro es café, por ejemplo, le llaman Chocolate; si es negro, le llaman Negrito, y si es blanco con negro, le llaman Colo-Colo. Yo tengo un color medio raro, entre amarillo y crema. Por eso todos me llaman sólo Perro.

2

Hoy amaneció más frío que ayer. Olfateo que ya se termina el verano porque han llegado varios hombres por aquí. Este es el lugar donde vivo, o mejor dicho, donde vivía hasta ahora. Los veo con casco y con unos enormes papeles en sus manos; "planos" oí que los llamaban. También están llegando unas máquinas súper grandes que nos miran con aire agresivo. A mí y a mis amigos nos gustaba vivir aquí porque estos autos abandonados nos sirven, es decir, nos servían de hogar, y en el invierno nos protegían de la lluvia. Se ve que quieren desalojarnos echándonos encima esas máquinas y tirándonos piedras. Por qué los hombres con cascos no nos vienen a pedir por las buenas que nos vayamos y se acaba el cuento. ¿Por qué tienen que usar la violencia?

Los hombres no entienden que nosotros tenemos sentimientos, que tenemos corazón. Y que tal como ellos, también sufrimos. Como yo, el día en que no vi más a mi amo.

Todo ocurrió aquella vez en que vi llorar desconsoladamente a mi ama. Ese día todos salieron abruptamente de la casa y volvieron tarde, pero sólo regresó ella y Pedrito. Mi amo jamás volvió y desde ese momento lo he extrañado mucho, porque las cosas cambiaron totalmente. Desde pequeñito compartíamos ratos juntos y salíamos a pasear al parque, aunque yo apenas podía seguirlo. Una vez fuimos a la nieve, donde casi terminé congelado. Sé que mis amos me querían porque me hablaban y acariciaban.

Desde aquel día las cosas no fueron como antes. Pedrito casi no estaba en la casa y mi ama no me miraba; parecía enojada conmigo y siempre la veía triste. Hasta que un buen día unas personas sacaron los muebles de la casa y la dejaron vacía. Sólo quedamos yo y mi casucha en el patio. Dos días después apareció mi ama y salté de alegría creyendo que habían regresado. La saludé moviendo rápidamente mi cola, brincando y ladrando a su alrededor. Cuando menos lo esperaba, ella tomó una escoba y me amenazó con pegarme. Ahora que soy mayor entiendo su enojo, pues ella estaba impecablemente vestida y yo no hacía más que ensuciarle su traje.

Cerca de mi ama unas personas me observaban con cara de pregunta. Luego de mirarla, y con gestos de resignación, volvieron a observarme. Al parecer esperaban encontrarse con algo mejor. Se acercaron sin mayores ganas y dijeron ser mis nuevos amos. Yo no entendía de qué se trataba todo el asunto, pero se aproximaron y me acariciaron la cabeza. Es la caricia que a nosotros más nos gusta. Muchos hombres no saben lo fácil que es demostrar cariño con sólo una caricia en la cabeza.

Tras esta presentación, mi ama se acercó y me dijo:

—Vas a irte con ellos, mi amor. Pedrito y yo nos trasladamos al sur, a casa de mis padres, y no podemos llevarte. ¡Pórtate bien..!

Quise hacerle ver que deseaba despedirme de Pedrito, pero ¡cómo dárselo a entender! A mi amito lo quería mucho; siempre me cuidó y la comida y el agua nunca faltaron en mis platos.

Mientras la miraba con impotencia, ella conversaba con sus acompañantes acerca de unas vacunas que me habían puesto. Me subieron a la parte trasera de una camioneta y amarraron mi collar a un fierro de su baranda. El viaje duró largo rato. Finalmente me hicieron bajar en una especie de patio campestre, muchísimo más extenso que en el que había vivido. Desde allí olfateé y divisé a unos congéneres, a unos caballos, a algunas gallinas y patos, y hasta a unas vacas. Claro que entonces no sabía cómo se llamaban todos ellos. Mientras miraba atónito el panorama, se me empezaron a acercar y a olfatear lentamente varios perros, algunos tan altos que tuve que mirarlos para arriba.

—¿De dónde saliste tú? —dijo el más fornido de ellos.

Traté de explicarle que en verdad no lo tenía muy claro; pero antes de que terminara de hablar, otro perro de igual tamaño me replicó:

—¡Tienes que tener muy claro que quienes mandamos acá somos nosotros!

—¡Aquí no hace falta nadie más! —dijo otro que estaba junto a él.

Eran unos seis en total. Los que no hablaron sólo escuchaban y miraban. Entre estos había uno como de mi tamaño. Se notaba que era mucho mayor que yo, pero que ya no iba a crecer más. Fue el que finalmente se quedó acompañándome cuando todos los demás se fueron.

—Hola, me llamo Charo —me dijo—. Así me pusieron, creo que por mi tamaño. La vida aquí no es tan mala, salvo que los demás son muy abusadores, sobre todo el más fornido.

Dice ser el jefe y todo debe preguntársele, claro que nunca he sabido si alguien lo nombró jefe o si fue él mismo quien se dio el título. A la hora de comer debemos esperar que él se sirva primero, y lo que queda debemos repartirlo entre los demás. Cuando salimos a recorrer las otras parcelas, es él quien manda. Los demás le obedecen porque le tienen miedo. Y yo, porque no me gusta meterme en líos. Dime, ¿de dónde vienes tú? Habíamos escuchado que alguien iba a llegar de la ciudad... Creo que quedaste sin amos...

—Aún no sé bien qué pasó —contesté—. De un día para otro quedé solo, mi amo no volvió y a Pedrito, el hijo de mis amos, no lo vi nunca más. Después unos hombres me trajeron hasta acá. Yo no los había visto nunca, aunque parece que eran conocidos de mis amos anteriores.

—Bueno, te daré un consejo. No te metas en líos. No contradigas al jefe y haz todo lo que te pidan. A mí me ha dado resultado. Claro que gracias a ello me he ganado la imagen del perro tonto de la casa. Creo que es mejor que andar pasándolo mal. ¿Cómo te llamas? Tus amos deben haberte puesto un nombre...

—Si lo tuve no lo recuerdo. Sólo me decían “venga, mi perrito lindo”, “échese aquí, mi precioso...” No creo que estas expresiones sean nombres.

—No, claro que no —dijo Chato, mirándome con pena—. Espera a que aquí te pongan un nombre. Por mientras te diré Perro. Ahora, cuéntame de dónde vienes.

Le conté que venía de la ciudad que llamaban Santiago, de un barrio donde todo era de cemento y ladrillos y casi



Le conté que venía de la ciudad que llamaban Santiago, de un barrio donde todo era de cemento y ladrillos y casi no había tierra. Hasta el patio donde vivía era de ladrillos. Cuando salíamos en el auto con mis amos, sólo encontraba tierra en unos parques donde a veces íbamos a pasear los fines de semana...

El jefe de mis nuevos compañeros, que se había acercado a oír mi conversación con Chato, nos interrumpió de mal modo.

—Esta noche tendrás que dormir en el granero —gruñó—. Nosotros ocupamos el cobertizo que está afuera de la casa y en él no cabemos todos. Cuando hayamos comido te avisaremos si quedó algo para ti.

Chato escuchaba atentamente las instrucciones del jefe. Cuando éste se alejó me comentó que estaba muy aburrido de vivir atemorizado. Siempre el jefe terminaba comiéndose lo mejor y cuando había que salir a espantar a los cuatrerros o a los ladrones de gallina, sólo daba las órdenes y hacía el trabajo más liviano. Los demás teníamos que hacer el trabajo sucio de cuidar el rancho, mientras él se llevaba los elogios de los amos. Era el único que tenía collar y que podía entrar en la casa de los amos, donde a veces se quedaba el día entero. Y si uno de nosotros se atrevía a entrar, él mismo se encargaba de echarlo.

—La verdad —continuó Chato—, es que no sé cuanto tiempo más voy a aguantar esto. He estado pensando cómo será vivir en otro lugar, más libre y sin tener que estar rindiéndole cuentas a un jefe. He escuchado decir que hay perros que viven en la calle sin amos y que hacen lo que quieren.

3

Dejemos atrás los recuerdos del poco alentador panorama que me mostró Chato cuando llegué donde mis segundos amos y volvamos a mi realidad de hoy. Como les estaba contando, los hombres de cascos y papeles inmensos seguían invadiendo nuestro hogar, al igual que sus enormes máquinas. Otros no habían encontrado nada mejor que continuar tirándonos piedras. Insisto que no tenían por qué recurrir a la violencia. Sé que los humanos se arreglan en otra forma y que hasta reciben dinero para dejar sus casas.

Bueno, antes de que una piedra me diera en la cabeza preferí no ofrecer resistencia. Total, los humanos, aparte de querer desalojarnos, parece que lo habían tomado como diversión. Volveré a encontrarme como al comienzo: sin hogar. ¿Cuánto tiempo había vivido en este sitio? No lo sé, salvo que transcurrieron varias Navidades.

Las Navidades no se nos pasaban desapercibidas pues durante ellas los hombres se ponían generosos, incluso con nosotros. La mayoría se dedicaba a comprar. Algunos compraban lo primero que veían. Otros miraban y no compraban nada. Yo los observaba y veía que sus caras reflejaban que no estaban en este planeta. Miraban y parecían no ver. Cuando andaban con sus hijos y éstos les hablaban, muchos de ellos les respondían apenas con un sí o un no.

A esta altura, creo haber llegado a la conclusión de que los hombres se entienden cada vez menos entre ellos. Nosotros también peleamos, pero no andamos enojados todo el tiempo. Ellos, en cambio, pelean hasta con su sombra. Para qué decir los que conducen autos. Hay veces que en las esquinas de esta ciudad, por pasar antes que el otro, se producen verdaderas luchas. Y ni hablar de las cosas que se gritan. Claro que algunos no se conforman con las palabrotas y se ofrecen golpes como quien está ofreciendo dulces. Y nosotros, que no tenemos nada que ver, estamos obligados a andar con mucho cuidado, porque si nos ponemos delante de uno de estos energúmenos pasamos rápidamente a la otra vida. O, en el mejor de los casos, quedamos hechos un harapo.

Tengo un recuerdo muy triste de unos de estos hechos. Fue realmente terrible ver cómo moría un íntimo amigo mío atropellado por un auto que ni siquiera hizo el intento de esquivarlo. Aquel día aprendí que la amistad es el mayor de los tesoros, y que un amigo vale más que cualquier cosa en el mundo. Claro que lamentablemente eso lo valoramos cuando el amigo ya no está con nosotros.

Algo parecido he visto que sucede con los humanos y sus hijos. Nunca oí que mi primer amo le dijera a Pedrito lo mucho que lo amaba, aunque yo sabía que lo quería mucho. ¿Por qué los humanos serán así? Yo trato de ser diferente e intento decirle a mis amigos lo mucho que los quiero. La verdad es que no sé si ellos se dan cuenta, pero yo intento hacerlo a menudo, cosa que antes no hacía. En mis andanzas he visto

a personas que realmente no están ni ahí con los demás y que dicen que cada cual debe rascarse con sus propias uñas. Pero también he comprobado que hay algunos que son mejores que otros. Aunque, según he oído, todos son iguales ante los ojos de un Señor que siempre nos está mirando a todos, a humanos y a perros. Es lo que he escuchado decir desde la puerta de la iglesia hasta donde a veces hemos seguido a ciertas personas que nos han tratado con cariño. Desde afuera oí la voz de un hombre que afirmaba que hay un Señor que nos pide que nos amemos los unos a los otros. Creo que a muchos humanos, y a muchos de nuestros congéneres, les haría muy bien escucharlo. Sobre todo lo que dijo acerca de un hijo de ese Señor, al que llamó Jesús. Contó que éste vino a la tierra a ayudarnos, y que fue muy bueno. No saben cuán triste me puso oír que sus propios congéneres lo trataron muy mal, y que finalmente, después de hacerlo sufrir mucho, lo mataron. Si fueron capaces de hacerle eso a uno de su especie, qué nos queda a nosotros.

Volvamos al día en que llegué al campo, donde mis segundos amos. Estaba haciéndose de noche y yo me sentía cada vez más raro en aquella enorme casa. Todo lo que oía y veía me parecía extraño; incluso los restos de la comida que habían quedado en los tachos tenían una apariencia y un olor inusual, muy ajeno a lo que yo acostumbraba a comer. Eran como sobras revueltas con otras sobras. La comida que me daban mis primeros amos eran unos cubitos o unas bolitas de un solo color, con un aroma especial, exquisito. En cambio, ésta olía mal. Yo sentía cómo Chato, a mi lado, se la engullía, por lo que a fin de cuentas no podía ser incomible.

Yo era todavía un cachorro y empecé a poner en práctica los paternos consejos de Chato. Éstos me ayudaron a soportar no sólo aquellos primeros días sino los meses que siguieron. Llegó la Navidad y yo continuaba pasándolo pésimo. Mi cuerpo se había desarrollado y el sufrimiento me había hecho madurar antes de tiempo.

Una tarde en que nos hallábamos solos Chato me reveló lo que pensaba desde hacía un tiempo. Estaba cansado de la vida que aquí llevaba y quería fugarse lejos, donde no sintiera más miedo ni tuviera que estar bajo el alero de un jefe. Además, los amos, al igual que conmigo, no se preocupaban para nada de él, jamás le hablaban ni le daban muestras de cariño. ¿Qué incentivo tenía para vivir en este lugar?

—He decidido fugarme a media noche —me susurró—, cuando todos estén dormidos. El problema es que no sé adonde ir, no conozco nada ni a nadie. Lo único que sé es que detrás de la casa hay un camino por el que a veces nos aventuramos un rato con los otros congéneres. Nunca he pasado más allá...

Mientras Chato hablaba, pensé que yo compartía su sentir. El recibimiento que me habían dado fue muy poco cálido. Ninguno de los amos salió a conocerme y en los meses que siguieron apenas si se fijaban en mí. Tampoco se preocuparon de saber cómo me trataban sus demás perros.

—Lo que pasó anoche fue muy desagradable —dije.

—Sí, ya has visto lo mal que se ponen las cosas cuando el amo invita a unos amigos que se embriagan. Y lo peor que se ponen cuando los invitados llegan con otros congéneres nuestros. Es como si a éstos nunca les hubieran enseñado modales. ¡Ya oíste las palabrotas que sueltan! Las mismas de sus amos.

—No podemos seguir así —dije.

—Tú y yo fuimos testigo de lo que sucedió el fin de semana pasado. La fiesta duró hasta la salida del sol. Ninguno de nosotros pudo dormir y al día siguiente todos amanecieron con el genio chueco. Aunque traté de no atravesarme en el camino de ninguno de los invitados, recibí un par de patadas. También te ha pasado a ti más de una vez. Estoy cansado de vivir en permanente alerta roja... He oído —continuó Chato en voz baja— que a veces nos recogen y nos cuidan; que hay personas buenas que tienen casas donde alojan a los perros que no tienen donde vivir.



Mientras conversábamos, olfatié que había un gato cerca. Hacía rato que éste nos observaba en silencio, con esa mirada de sus congéneres que uno no sabe si quieren preguntarnos algo o si están simplemente pensando. En la casa de mis primeros amos, a menudo miraba a un gato que se instalaba en el borde del techo. Yo le hablaba y le hablaba. Él me miraba intensamente sin contestarme. Parecía decirme con sus ojos: "a este algo le falla". Luego, y con ese sentimiento de superioridad que caracteriza a los de su especie, me miraba una vez más, se levantaba y se iba. El gato que ahora nos observaba, tenía una curiosa medalla en el pecho y parecía querer decirnos algo. Chato le preguntó:

—¿Has escuchado lo que estábamos conversando?

El gato se acercó caminando como si estuviera en un desfile de moda, y nos dijo:

—Sí, los he oído atentamente. —Y con tranquilidad continuó—: La verdad es que la vida en esta casa es cada vez peor. Tienes razón, Chato, en cualquier otra parte estaríamos mejor que acá. Y tú, perro, no creas que es por asustarte, pero a ti te espera un destino peor.

Sus palabras no sólo me dieron miedo sino que me aterraron, porque me las zampó como una profecía. Se me erizó el pelaje y sentí que las patas no me respondían. Estaba claro que me iba a ir muy mal si continuaba en esta casa.

Chato y el gato me miraban, como esperando una respuesta aunque no me habían preguntado nada.

—¿Sabes? —le dije a Chato—. ¡Estoy dispuesto a irme contigo! No seguiré dejándome humillar en este sitio. ¡Partamos ahora mismo!

—¡Esperen! —exclamó el gato—. No pueden irse solos. Necesitan a alguien que los aconseje, que les diga qué conviene cuando tengan que elegir.

Agregó otras muchas cosas sobre el buen criterio y la importancia de la experiencia. Con Chato lo mirábamos y lo escuchábamos con gran calma y paciencia. No sé si todo lo que nos decía era válido. Finalmente Chato me miró, luego lo miró a él, y le dijo:

—Si quieres acompañarnos, gato, está bien, puedes hacerlo, pero no serás el jefe. Cada uno se las arreglará solo. Ninguno tendrá que rendirle cuentas a nadie. No cambiaremos carne por charqui, como dicen por acá. No olvides que tú eres un gato y que nosotros somos perros. No sé si podremos arreglárnosla juntos.

El gato se estiró lentamente sobre sus cuatro patas, y luego miró fijamente a Chato.

—Bien, los acompañaré —repuso. Y agregó, con esa arrogancia propia de los de su especie—: Estoy seguro de que mi presencia les será muy valiosa.

Regresemos nuevamente al punto en que habíamos quedado. Seguíamos mirando cómo las máquinas trabajaban ruidosamente. Sacaban tierra y escombros y la echaban en unos inmensos camiones. Otras máquinas apresaban los autos abandonados y los cargaban en camiones. Qué rabia me daba ver desaparecer nuestras habitaciones. Con el apuro había olvidado sacar unas provisiones que tenía ocultas en uno de los automóviles. Ya comenté que don Lucho estaba enfermo y que hacía días que no había salido a dejarme comida.

Sus congéneres le dicen don Luchito. He observado que a todos los nombres de las personas que quieren les agregan un "ito". Si la persona se llama Pedro, le dicen Pedrito, tal como a mí me decían Perrito en vez de Perro.

Presiento que a veces lo hacen en forma muy hipócrita, porque apenas la persona se aleja empiezan a hablar mal de ella. Con don Lucho es distinto. Todos lo quieren. Jamás he escuchado que hablen mal de él. Cuando está conmigo, me habla, me acaricia y me cuenta cosas. ¿Qué diría si supiera que le entiendo? Apenas puede agacharse, pero siempre me da agua y algo de comer. Parece que le caigo bien.

Mis demás congéneres parecen no darse cuenta de que debemos buscar otro albergue. Miró a Tromba, a Palomo, a Jote, y al más aristócrata de todos, a Terry. Este último

es un verdadero pastor alemán. Nos cuenta que una vez tuvo amos y que también de pronto nunca más supo de ellos. Dice que hablaban otro idioma y que, de un día para otro, se fueron a otro país y lo dejaron en la calle. Aunque siempre comenta que ha habido varios humanos que han querido llevárselo a sus casas, dice que prefiere vivir como vive porque no hay nada como la libertad.

Además integran mi grupo Pailas, cuyo nombre se debe seguramente a sus inmensas orejas, y Buga, el más simpático del clan. Éste nunca está triste y siempre nos alegra con sus chascarros y bromas. Vive enamorado de una perra muy bonita, que ni siquiera lo mira. Supongo que se debe a que sus amos pertenecen a una familia acomodada. Ella vive a unas cuerdas de nuestra ex residencia y se llama Peggy, pues así he escuchado que sus amos la llaman. Con su cabeza muy erguida, pasa a nuestro lado sin mirar a nadie. Creo que nos mira en menos. Bueno, quizás tenga razón, ella está siempre bañadita y bien peinada. En cambio nosotros no conocemos el baño ni en fotos. Lo más parecido a bañarnos ocurre en el invierno, cuando la lluvia nos moja. No es por nada, pero la verdad es que a veces nos hace falta un buen baño. De repente, ni yo mismo soporto mi olor.

6

Otra vez se me vienen a la cabeza los momentos de mi llegada al campo. Fue tras aquel primer acuerdo con el gato de la casa de mis segundos amos que aprendí lo equivocados que están los hombres cuando dicen que si se llevan mal actúan "como el perro y el gato". En el futuro íbamos a llevarnos relativamente bien con el gato, aunque tendríamos a veces algunas diferencias. Lo que creo que es normal, porque lo mismo sucede entre nuestros congéneres.

Esa noche, finalmente, nos pusimos de acuerdo en cómo sería nuestra fuga. Chato nos advirtió que el jefe está siempre atento a lo que hacen sus compañeros y que podía desbaratar nuestros planes.

De pronto me surgió una duda. ¿Por qué Chato le decía Gato al gato y no lo llamaba por su nombre? Al momento se lo pregunté a este último.

Desde ahora en adelante dime sólo Gato —contestó mirándome fijamente—, no quiero tener nombre. Desde hoy tendré una nueva identidad y nadie deberá saber quien soy ni de donde vengo. A quien pregunte le contestaré que provengo de un lugar donde nadie debe saber nada de los demás, porque el que algo sabe corre peligro de muerte...

Pensé que a Gato se le había soltado algún tornillo en la cabeza. Pero cada loco con su tema.

Chato nos recordó que pasada la medianoche seguramente todos iban a estar dormidos y que el jefe permanecería en el interior de la casa hasta el amanecer. Debíamos aprovechar de fugarnos en ese momento, cuando ya estuvieran apagadas las luces y las puertas cerradas.

—Se me ha ocurrido un santo y seña —dijo entonces Gato—. Me pararé en la entrada del pórtico y me rascaré la cabeza tres veces. Eso significará que debemos juntarnos en la cerca, porque ya habré observado por las ventanas si todos están dormidos. Pero ojo, si me rasco la cabeza una sola vez, les estoy avisando que aún no podemos movernos.

Pensé que Gato le estaba poniendo mucho, pero igual nos dispusimos a esperar su santo y seña. No se veía nada y Gato había desaparecido. Las ventanas ya estaban a oscuras y habíamos sentido cerrar las puertas. Empezábamos a ponernos nerviosos. ¿Se habría arrepentido Gato?, nos preguntábamos. Estábamos diciéndonos que de todos modos nos fugaríamos, aunque sólo lo hiciéramos ambos, cuando vimos aparecer a Gato cerca del pórtico. Se sentó y se rascó la cabeza tres veces. Nos miramos con Chato y creo que pensamos lo mismo. Con o sin su santo y seña nos habríamos ido igual.

Gato nos esperaba. Estaba muy parlanchín:

—Para asegurarme de que todos dormían recorrí ventana por ventana. Y para estar todavía más seguro, ¡entré a la casa! Fue una acción temeraria, de alto riesgo —confidenció—. Tuve que enfrentar peligros, como el que la cocinera quiso que durmiera a los pies de su cama. También tuve que faltar a

mi deber. Vi a una rata en la cocina, y como yo estaba en una misión especial no me quedó otra que dejarla escapar...

Nos contó más detalles. Nos mirábamos con Chato y ambos pensábamos lo mismo: éste le estaba poniendo mucho.

7

Mientras dejamos atrás a nuestro hogar destruido y nos ponemos en marcha sin saber a qué lugar de la ciudad iremos, me pregunto si nuestro grupo se desbandará. Tromba jamás ha pensado en el futuro y Palomo lo sigue sin chistar. Son muy amigos y ambos pasan durmiendo o mirando juñitos la luna. Jote, al menos, es activo, y afirma que la vida de perro es mejor que la vida humana. A él le gusta pensar y tiene razón cuando dice que los hombres se matan unos a otros, y que, para más remate, inventan armas para destruirse. Me habla siempre de las noticias que ve en el televisor de un bar al que a veces lo dejan entrar. Esto le permite tener muchos temas de conversación, como que al menos hay unos diez países en el mundo que están en guerra, o que hay una especie de humanos llamados terroristas, que hacen unas explosiones en las que muere mucha gente inocente que ni siquiera son enemigos. Derriban enormes edificios y ponen bombas en trenes, donde hay niños que no saben nada de lo que pasa. También secuestran personas que luego aparecen muertas.

¿Es que estará hecha para eso la especie humana? A mí me parece que los humanos de los que me habla Jote son más bien inhumanos. Mi experiencia me dice que hay hombres buenos y hombres malos. Claro que entre los hombres buenos también están los que sólo se preocupan de sí mismos, sin que les importen los demás. Yo he visto que a varios de

ellos no les falta qué comer ni dónde vivir. Tienen mucho dinero y alimentos en cantidad. Viven en hermosas mansiones con piscina y se movilizan en elegantes automóviles. Hay perros que habitan con ellos, a los que hasta los llevan a la peluquería para que presuman ante nosotros. ¿Y que hay con eso que oí en la iglesia, y que hasta hoy no he visto aplicado, de que deberíamos amarnos los unos a los otros?

8

Regreso a la noche en que nos fugamos. Después de habernos colado por debajo de las alambradas del gran patio, topamos con el tan renombrado camino de tierra. No sabíamos adónde nos llevaría. Mi olfato me señalaba que conducía hacia el sur y nosotros queríamos dirigirnos al norte. Un vago recuerdo me decía que para ese lado quedaba la capital, la ciudad de donde supuestamente yo venía. Habíamos quedado en viajar a ella porque pensábamos que allí tendríamos futuro. La oscuridad de la noche me permitía ver muy poco. No había luna y estaba nublado. Gato iba adelante afirmando que el veía mucho mejor de noche que de día y que las estrellas le servirían para guiarnos. Claro que como estaba nublado, no sé de qué le servía toda esa palabrería de las estrellas. Cuando se dio cuenta de ello, comentó a explicarnos cómo la dirección del viento le indicaba donde se hallaba el norte y donde el sur. Le escuchábamos pacientemente sus dichos. Según él, ya no estábamos lejos del lugar desde el cual veríamos pronto las luces de una gran ciudad, supuestamente la capital. Pero a medida que avanzábamos las luces se hacían más escasas y el camino se tornaba más polvoriento.

Nos detuvimos un rato a descansar. A lo lejos se divisaba una casa, pero nos pareció peligroso ir a investigar de noche, pues nos podrían tomar por ladrones. Gato nos solicitó

que le permitiéramos ir a averiguar donde nos hallábamos. Habíamos caminado la noche entera y por la claridad que empezaba a insinuarse supimos que no tardaría en amanecer. Gato insistió en que estaba preparado para ir de inmediato; él tenía un sentido especial, aseguraba, que sólo los gatos poseen para intuir el peligro.

La verdad es que Gato nos estaba mermando la paciencia. En eso sentimos ruidos de pasos. Olfateamos que se acercaba un grupo de perros y de hombres. Decidimos escondernos tras unos matorrales mientras Chato se les acercaba para preguntarles cual era el lugar exacto en que estábamos. Le informaron que nos hallábamos bastante lejos de la capital y que cada vez nos estábamos distanciando más de ella.

El problema era cómo volvernos sin pasar cerca de la casa de la que nos habíamos fugado.

—Creo que estoy un poco fuera de práctica —confesó entonces Gato—. No sé cómo perdí el rumbo. Quizás ya esté en edad de quedarme quieto en un sitio. He estado demasiados años en servicio activo. ¡No se imaginan cuántos!

Sin comentar nada, Chato y yo nos miramos, y luego nos pusimos de acuerdo para subir a un cerro cercano y tratar de orientarnos desde lo alto. Cuando reiniciamos la marcha Gato preguntó:

—¿Puedo continuar con ustedes a pesar de mi error estratégico y de haberles causado perjuicios dilatando esta operación de fuga?

Nuevamente Chato y yo nos miramos.

—Mira, Gato —dijo Chato—, puedes seguir con nosotros.



Eso sí que trata de mantener tu boca cerrada por más tiempo.

Los ojos de Gato brillaron alegres mientras hacía un gesto de reverencia con la cabeza.

Tras un rato de caminata, dijo de pronto:

—Desde acá veo la cordillera. Ahora nos será fácil orientarnos. Si nos ponemos frente a ella, a nuestra izquierda estará el norte y a nuestra derecha el sur.

Por primera vez no puse en duda lo que decía. El problema no era hacer lo que él estaba proponiendo, sino que mantenerlo callado luego. Nos pusimos los tres frente a la cordillera y finalmente tomamos la dirección de la izquierda. Gato comenzó nuevamente con su verborrea. Ahora nos explicaba que existía un este y un oeste que completaban los cuatro puntos cardinales. Y que... De tanto escuchar sus argumentos llegué a la conclusión de que en verdad sabía de las cosas que hablaba. ¿Dónde las habría aprendido? ¿Y por qué llevaba esa medalla colgada del cuello?

9

Y a cierta distancia de nuestro hogar, debíamos decidir dónde iríamos.

Jote nos había dicho que él conocía un barrio de más arriba, donde a veces se reunía con unos amigos. Al parecer ahí podríamos quedarnos por un tiempo. Tromba y Palomo solo pensaban en poder dormir muy juntos. Terry no se hacía problema porque tiene clase. Hasta cuando camina lo hace con elegancia, lo que permite que lo acepten en cualquier lugar. Además, dentro de las perras que vagan por estos lados, hay varias que están dispuestas a sacrificarse por él. La suerte de Terry. Lo que es a mí, las de mi especie no me dan ni la hora.

El que me da pena es Pailas. ¿Adónde irá a parar? Es muy tímido y callado, y sus orejas lo acomplejan. Quizás deba pedirle que nos acompañe. Se lo diré a Jote, a ver si está de acuerdo. Finalmente está Buga, el Romeo del grupo. Sigue enamorado de Peggy, aunque ésta ni lo mira. Él cree que la tiene loca, y no está muy equivocado porque la tiene loca de aburrimiento. Él pasa horas enteras ante las rejas de la casa de Peggy. Quizás por eso a ésta no la dejan salir al antejardín. Peggy es de raza fina, mientras que Buga parece que anda de incógnito pues nadie sabe de dónde salió.

En fin, es mejor que salgamos cuanto antes de este barrio porque luego los vecinos de las casas nos correrán a escobazos.

Se quejan de que hay demasiados perros vagos en las calles y que les destrozan las bolsas de basura. Y tienen razón. Claro que no se dan cuenta de que también hay muchos hombres vagos que les vacían su basura. Nosotros somos más visibles porque vamos y venimos, una y otra vez, olfateando todo lo que se nos pone por delante.

—Si fuera humano —me dijo Jote de pronto— me habría gustado trabajar como esos hombres de cascos...

—¡Sigamos! No perdamos tiempo —lo urgí—. ¿Crees que Pailas deberá continuar con nosotros?

—No me agrada mucho la idea, pero qué le vamos a hacer. ¡Es tan indefenso el pobre!

Aunque ya se estaba terminando el verano, aún pegaba fuerte el sol. El ardiente pavimento de la calle quemaba nuestras patas. Pailas, a nuestro lado, caminaba sin decir palabra. Jote, de vez en cuando, se detenía ante la vitrina de alguna tienda y observaba su contenido como si se tratara de un platudo comprador. Luego, con la cola entre las patas y la sucia capa que le cubría el lomo, nos comentaba que si él fuera hombre vestiría de jeans, de polera y zapatillas. El pobre soñaba a menudo con ser humano y vestir como tal.

10

Volviendo al día siguiente de mi fuga junto a Chato y Liano, ahora el cansancio y el hambre mantenían callado a este último. La carretera cruzaba unos vastos potreros, sembrados por aquí y por allá de frondosos árboles. Estaba por ponerse el sol y no habíamos encontrado nada que comer. Sólo habíamos bebido un poco de agua en un riachuelo, cuando de pronto comenzamos a olfatear un maravilloso aroma a carne asada. Levantamos nuestras orejas y las dirigimos hacia donde parecía originarse tan agradable aroma. Oímos entonces unas risas y unas conversaciones que sonaban a humanos jóvenes. En un comienzo creímos que el hambre nos hacía deviar. Pero no, ¡el aroma era de carne asada de verdad! Huyendo del aroma nos encontramos finalmente con un grupo de cuatro humanos reunidos bajo un alto y frondoso árbol. En una gran parrilla se asaban unos succulentos trozos de carne y una buena cantidad de salchichas y chorizos.

Al parecer los humanos ya habían terminado de alimentarse porque se los veía conversar sin ocuparse de la parrilla. Nos acercamos lentamente a ella, mientras Gato murmuraba que estaba pensando cómo llegar estratégicamente a la carne. Le susurramos que no hiciera nada, que esperáramos a ver qué pasaba. En eso una de las jovencitas exclamó:

¡Miren qué gatito tan lindo!

—Gatito —dijo con sorna uno de los jóvenes—. ¡Gatazo! Si es un gato re viejo.

Sentí que a mi lado Gato se tensaba de rabia.

—Parece que tiene hambre —dijo la otra jovencita. Y dirigiéndose a la parrilla tomó un par de salchichas y se las arrojó a Gato.

Sin mirarnos, y dejando de lado sus modales de caballero, Gato saltó sobre su presa y empezó a comerla simulando que luchaba con ella.

Entonces uno de los jóvenes me miró a mí y a Chato y dijo:

—No había visto por aquí a estos perros. Parecen tan hambrientos como ese feo gato. —Y cogiendo un par de trozos de carne los lanzó lo más lejos que pudo.

Aunque quemaba, yo me devoré en un santiamén mi trozo de carne. Chato, a mi lado, comía aferrando con sus manos la porción que le habían arrojado. Teníamos tanta hambre que no nos preocupábamos de los jóvenes humanos. Éstos nos miraban con cierta curiosidad, comentando que no era común ver a dos perros y a un gato compartiendo tan amistosamente una misma comida. Y como una de las jovencitas viera que ya habíamos dado cuenta de nuestras porciones de carne, nos tiró otro par de trozos a Chato y a mí. Seguramente los humanos ya habían saciado su apetito y por eso estaban tan generosos.

Cuando hubimos calmado el hambre, hicimos el intento de alejarnos, moviendo las colas no sin cierta vergüenza. Pero Gato nos detuvo argumentando que debíamos quedarnos ahí, a la espera, porque seguramente los jóvenes se irían pronto



y dejarían allí los restos de comida. Era ya casi de noche y tendríamos que dormir en alguna parte.

Gato tuvo razón. No mucho más tarde los jóvenes se alejaron llevándose en una camioneta la parrilla y no sin antes tirarnos el resto de lo que en ella quedaba. Unas papas guisadas que habíamos olfateado, y que se encontraban dentro de un enorme bol, también fueron a parar bajo el árbol. Tanto comimos, que la fatiga nos adormeció hasta el amanecer.

11

Nunca más volví a comer como en aquella tarde, y menos en ese entonces, cuando llevábamos un par de días vagando por la gran ciudad. Habíamos llegado ante un enorme edificio, en el que entraban atropelladamente hombres, mujeres y niños. Siempre cuando hay un tumulto humano encontramos algo que comer. Sobre todo si hay niños. A ellos les gusta darnos algo de lo que están comiendo. A veces son porquerías intragables, pero otras veces son apetitosos platos de sándwiches.

Los humanos se veían todos muy apurados. La mayoría llevaba banderas y gorros coloridos, y se empujaban unos a otros para penetrar por unas puertas que se abrían en unas rejillas muy altas.

—No sé si tú conoces esta curiosa diversión de los hombres —me dijo Jote—. Como ves, todos se pelean por entrar en este edificio que llaman estadio. Dentro hay una cancha de pasto, donde dos grupos de hombres luchan por quedarse con una pelota, mientras los que están en los asientos los alientan para que metan la pelota en un arco del grupo contrario. A eso le llaman gol, y gana el juego el grupo que hace más goles.

Pailas parecía intrigado. Le pregunté:

—¿Quieres entrar?

—Sí —respondió, moviendo las orejas con poco entusiasmo.

—Entonces entremos —dijo Jote—. Pero hay que cuidarse porque a veces los humanos se enojan y pelean entre ellos. Incluso les da por golpear a los policías, y ahí sí que la cosa se pone fea. Los policías lanzan unas bombas de humo que hacen llorar a todos. Yo estuve en uno de esos desórdenes, y con otros congéneres quedamos machucados y semi asfixiados.

Ya en las graderías, Pailas, con la cola entre las patas, parecía asustado. Daba la impresión de que lo único que quería era salir luego de ahí. Se alternaban los gritos de dos grupos de humanos que agitaban banderas de distintos colores. Tampoco yo me sentía a mis anchas; la multiplicidad de olores y de ruidos me mantenía tenso. Jote, en cambio, parecía disfrutar de aquello. Tal vez ya había estado aquí. La multitud se ponía en pie y aullaba cada vez que alguno de los hombres se acercaba a uno de los arcos. Esto me producía tal nerviosismo que no me di cuenta cuando Pailas desapareció. Comencé a buscarlo con la mirada pero no lo veía. Se lo dije a Jote. Nos pusimos entonces a buscarlo y a llamarlo, pero era tan grande el ruido que producían los cantos y los gritos, que ni nosotros escuchábamos nuestras propias voces.

—Esperemos —dijo finalmente Jote—. Pailas estaba muerto de susto. Seguramente ha ido a mear por ahí para sacarse el miedo.

Lo que pasaba en la cancha parecía haberse detenido. Un hombre vestido de negro tocaba un pito y agitaba una mano. Luego pareció que peleaba con otro que se le acercó. De pronto apareció corriendo por un costado de la cancha uno de nuestros congéneres. El viento agitaba sus enormes orejas.

—¡Ve Pailas! —gritó Jote, espantado.

Seguramente el miedo le impedía a Pailas darse cuenta de que en lugar de salir de la cancha se internaba cada vez más en ella. Dos o tres de los hombres de pantalón corto trataron de agarrarlo, pero Pailas los esquivaba ágilmente. Repentinamente la multitud comenzó a avivar a nuestro amigo. A medida que aumentaban los que querían detenerlo, más rápido y esquivo se volvía Pailas.

Hajemos a llamarlo —le grité a Jote, saliendo de nuestra posición—. Pailas está completamente desorientado.

Al llamarlo desde un borde de la cancha, Pailas detuvo de golpe su zigzagueante carrera y luego se dirigió recto hacia nosotros. No supimos cómo los tres nos abrimos paso por entre la vociferante muchedumbre. Galopamos por pasillos y cruzamos rejas hasta que dejamos de oír los ruidos de la multitud.

12

Vuelvo a mis recuerdos de la afortunada tarde en que nos juntamos de comer carne y salchichas asadas. Al amanecer me despertó el ruido que hacían unos perros que olfateaban y rasguñaban los lugares donde habían caído nuestros manjares. No se veían muy amistosos, así es que desperté sin hacer ruido a mis dos amigos. Gato musitó que nos largáramos inmediatamente de ahí: no quería meterse en líos.

Ya en el camino, Gato recuperó sus ganas de hablar. Nos habíamos acostumbrado a oír su cháchara. Es cierto que a veces nos entretenía con sus historias, como esa de cuando estuvo en la guerra del Golfo. Durante ella, según él, lo habían entrenado para detectar cazabobos. Junto a otros gatos especialmente preparados, él tenía que adelantarse a las tropas de avanzada y descubrir las bombas ocultas. Sólo unos pocos sobrevivieron. En cuanto pudo, Gato había desertado y logró embarcarse en un barco petrolero. Tras pasarlo muy mal, pudo traspasarse a un barco que tocó un puerto de Sudamérica. Allí había bajado a tierra y recorrió los alrededores. Cuando regresó, el barco había zarpado. No le quedó otra que saltar sobre un camión que lo dejó en las afueras de la ciudad, donde encontró la casa en que lo acogieron y donde nos conocimos.

Chato y yo lo mirábamos sin saber si estaba diciendo la verdad o si lo que contaba eran puras fantasías. Lo cierto

es que lo contaba con tanto realismo y tantos detalles, que parecía no mentir.

Aproveché entonces para hacerle una pregunta que hasta ese momento no me había atrevido a hacerle:

—¿Fue durante esa guerra cuando te dieron la medalla que llevas al cuello?

—No —repuso Gato—. Esa es otra historia.

Pareció no querer seguir hablando. Pero como Chato y yo lo mirábamos expectantes, rompió el silencio que nos había impuesto con respecto a su origen.

—Yo nací en una cuartel militar —confidenció— y en él me crié. Un sargento cocinero me salvó de ser ahogado y me alimentó y mantuvo oculto un tiempo. Llegamos a ser buenos amigos. Yo le mantenía libre de ratones las dependencias de la cocina. Esto me dio fama entre sus subordinados y un día mi sargento me colgó esta plaquita. “Te condecoramos con la Orden al Mérito”, me dijo, “por tus servicios distinguidos”. Yo la conservo porque pertenece a mi único pasado feliz.

Esa noche acordamos dormir entre los arbustos de los faldeos de un cerro. Aunque hasta nuestras orejas llegaban una música lejana y algunos ruidos extraños, decidimos que aquel era un buen lugar. Gato recorrió sigilosamente los alrededores y desapareció por un rato. ¿Estaría buscando cazabobos?, me pregunté.

A su regreso, nuestro amigo sólo nos dijo parcamente:

—Allá abajo hay una carpa de circo. No nos creará problemas.

La verdad es que el estilo de Gato había terminado por caerme simpático.

Pailas despertó un tremendo alboroto. Ya había amanecido y se oían voces y disparos. Desde entre los arbustos vimos pasar a unos hombres que gritaban: “¡allá va, allá va! Sonó un nuevo disparo, esta vez más cerca nuestro.

De punto olfateamos el inconfundible olor a león. Y antes de que pensáramos que esto era un disparate, una enorme leona detuvo su carrera ante nosotros.

—¡Callar! —rugió—. ¡Apártense de mi camino o los destripo!

El pelaje se nos erizó. Mientras nos manteníamos petrificados, la leona se alejaba velozmente. Tras ella corrían una docena de hombres, algunos armados de escopetas.

—Todavía temblando, Pailas dijo:

—Me acuerdo haberle oído a mi amito que a los leones de los circos los alimentan con carne de perro.

Gato parecía una estatua. Miraba fijamente a Pailas con sus amarillos ojos, sentado sobre sus patas traseras, las dos manos rectas y enroscada la cola.

Pailas no se reponía del susto que había pasado en el estadio. Y como algunos días después aún continuaba intranquilo, Jote y yo decidimos que para ayudarle debíamos saber más acerca de él. ¿De donde provenía? Era un *cocker spaniel* americano, lo que significaba que quizás venía de un lugar decente. Seguramente lo habían comprado cuando cachorrito en uno de esos lugares donde nos ponen en venta cuando apenas tenemos una semana. Los hombres no se dan cuenta de que nos negocian como si fuéramos esclavos.

—De dónde vienes? —optamos por preguntarle.

Pailas nos miró con tristeza y unas lágrimas asomaron a sus ojos.

—Me lo preguntan porque me comporto como un tonterito... ¿no es cierto?

—No, no... —afirmó Jote—, tan sólo es curiosidad. Tú eres de una raza fina y en algún momento debes haber tenido amos. ¿O no?

Mirándonos nuevamente con tristeza, Pailas repuso:

—Sí, tuve amos, y estos fueron muy buenos conmigo. Recuerdo que llegué de cachorrito a esa casa. Apenas lo recuerdo, porque era muy pequeño. Me querían y me cuidaban mucho. Mis amos tenían tres hijos, y éstos se preocupaban de mí, hasta de mi pelaje. Me bañaban, me peinaban, y hasta me perfumaban con una colonia que olía muy mal... Y cuando salían conmigo me ponían un lindo collar.

R. F. POYANCO

—Y con todos esos cuidados, ¿que te pasó entonces?

—Un día dejaron la puerta de la casa abierta, me tenté y salí con la intención de dar una vuelta por los alrededores. Pero comencé a ver lo que nunca había visto. Sentí como que me empujaba una especie de viento. El viento de la libertad. Y corría y corría. Cuando quise regresar, ya no sabía dónde estaba. Empecé a rastrear el camino de vuelta, pero en vez de acercarme a mi casa, me alejaba más y más...

—¿Cuánto tiempo hace de eso? —pregunté.

—Hace ya bastante tiempo. No lo tengo muy claro. Sólo sé que pocos días después se celebró esa fiesta en que desfilan los militares, los marinos... y hasta los carabineros. Y desde entonces me han tocado varias de esas fiestas.

—¿Te acuerdas qué había cerca de tu casa? ¿Una plaza, una carnicería..., algo que ayude a ubicarla?

—La verdad es que tengo pocos recuerdos. Sólo me acuerdo de que en un principio el ruido de los aviones me asustaba mucho, pero luego me acostumbré. ¡Esperen..! No se me había ocurrido relacionar esos ruidos con el aeropuerto. Mi casa debe estar cerca de aquél. ¿Por qué no lo pensé antes?

—Supongo que podrás acordarte de qué tan cerca escuchabas a los aviones —dijimos.

—¡Sí, claro que sí! —Pailas empezó a mover la cola alegremente—. Yo oía cuando el silbido de los aviones cambiaba y desde el jardín los veía descender. ¡Ah, y ahora la estoy viendo! —continuó seguro—: mi casa quedaba en una avenida larga, con un parque enfrente también muy largo... Ahora recuerdo que cuando salíamos en el auto llegábamos en



pocos minutos a una rotonda, donde parecía que los autos iban a chocar unos con otros...

—Y con todo lo que nos has dicho, ¿cómo no has podido volver a tu casa? ¡Te aseguro que la encontraremos! —afirmé.

Jote me miró.

—Está claro —dijo— que no vamos en la dirección adecuada. Estamos caminando hacia el norte y la casa de Pailas está hacia el poniente.

—¿Ustedes creen realmente que podremos encontrar mi antigua casa? —preguntó Pailas.

—¿A ver, contéstame! —dijo algo molesto—. ¿Quieres o no volver donde tus amos?

—Es lo que siempre he querido desde ese día maldito día en que se me ocurrió salir solo a la calle. Además, ustedes son testigos de cómo me comporto callejeando. En todo este tiempo no he aprendido nada. Al contrario, si antes era un inútil, ahora soy una carga...

Nos pusimos en marcha, desandando todo lo que habíamos andado. Pailas se veía cada vez más alegre. Cada cierto rato le preguntábamos si recordaba haber visto tal o cual plaza, tal o cual poste, por cuyo lado íbamos pasando. Por mi parte, yo pensaba en lo bonito que sería tener la oportunidad de encontrar a Pedrito. A pesar del tiempo transcurrido, no dejaba de acordarme de él. Cuánto me gustaría volver a verlo. ¿Dónde estaría? No en la casa de mis amos, porque estos la habían dejado...

La noche nos pilló bastante cansados. Estábamos cerca de una plaza y en ella decidimos echarnos a dormir.

La búsqueda de la casa de Pailas me transporta al día en que llegué a Santiago junto a Chato y a Gato. El susto que le dio la leona había mantenido callado a Gato por el resto de la jornada. Nos encontrábamos ahora en la puerta trasera de un restorán. Las sobras que había en los tarros no eran muy apetecibles, salvo unos restos de pescado crudo que Gato empezó a devorar.

De pronto nuestro amigo tosió, se encogió y empezó a girar sobre sí mismo. Se le había atravesado una espina en la garganta y no sabía qué hacer.

—¡Tose, tose! —le gritaba Jote, mientras yo intentaba golpear el lomo de nuestro desesperado compañero.

Los golpes hicieron efecto y Gato se sentó sobre sus patas traseras, más tranquilo.

—Parece —dijo— que estoy perdiendo definitivamente mi condición de experto en detectar peligros. ¿Serán los años? He estado en muchas batallas y me siento viejo. Hace un tiempo estuve en una casa donde se hablaba otro idioma, inglés, según decían...

Gato comenzaba otra de sus historias.

—¿El hablar otro idioma los hace distintos? —lo interrumpió Chato—. ¿Como si fueran de otra especie?

—No, para nada. Aquellos hombres eran iguales a los de acá. En todas partes son iguales. En otro de los sitios donde

vivi nos alimentaban muy bien y nos tenían en lindas casas. Habíamos bastantes gatos. A todos nos hacían trabajar de noche, aprovechando nuestra buena vista y llevando en el cuerpo unos aparatos que nunca supe para qué servían. Nos dejaban con ellos en ciertos lugares, donde era muy duro sobrevivir, y luego nos rescataban y hacían toda clase de exámenes. Apenas nos daban tiempo para descansar cuando ya teníamos que volver a la lucha. En ello estuve un par de años... Ya no soy ni la sombra de lo que fui.

Cuando Gato caía en esos estados de desaliento, tratábamos con Chato de levantarle el ánimo. Ahora eres libre, le decíamos, nadie te da órdenes, nadie te usa... ¡Puedes hacer lo que quieras!

Estábamos entrando en la capital, con la esperanza de encontrar en ella una nueva vida. Como era de noche, nos envolvían las luces y el rápido pasar de los automóviles. Había que descansar para estar bien preparados para el día siguiente.

El ruido del tráfico nos despertó muy temprano. Chato propuso que empezáramos nuestra aventura caminando por las veredas, que parecían menos peligrosas y nos permitían olfatear si por allí habían pasado algunos congéneres. Cada vez que cruzábamos a la vereda del frente teníamos que esperar largo rato, hasta que los automóviles, que circulaban a gran velocidad, se detuvieran. Estaba claro que en esta ciudad los hombres vivían muy rápido, y que también terminaban muy rápido con sus vidas. Nos encontramos con un vehículo que parecía cualquier cosa menos eso. Había chocado con otro

que estaba volcado un poco más allá y que parecía más bien un montón de fierros retorcidos. Seguramente los hombres que aún estaban en su interior habían muerto.

Al cabo de un rato tropezamos con un lugar donde había unas enormes máquinas que nunca habíamos visto. Unas eran como grandes ruedas y giraban cargadas con mujeres, niños y hombres que lanzaban gritos de miedo. En otras los humanos parecían volar en unas pequeñas cabinas, algunos riendo y otros gritando asustados. Había otras máquinas que no podíamos imaginarnos para qué servían. A juzgar por sus actitudes, el miedo parecía entretener y gustar a los humanos.

—Es un parque de diversiones —nos informó Gato—. Y aunque no me crean, los humanos pagan por subirse a esos aparatos.

Desde donde estábamos podíamos olfatear unos aromas dulzones. Provenían de unas máquinas que contenían alimentos de distintos colores.

No sé por qué aquel ambiente despertó en Gato sus instintos de aventura. Mientras mirábamos cómo giraba uno de los aparatos, nuestro amigo se encaramó de un salto en una de las plataformas volantes. Con las uñas clavadas en el piso, Gato comenzó a girar. Asombrados, veíamos como cada vez giraba más rápido, temiendo que en una de las vueltas saliera disparado por los aires. De pronto la máquina se detuvo y Gato se nos acercó lívido, casi arrastrándose, y se puso a vomitar.

—¡Ay, ay! Todo me da vueltas —murmuraba tosiendo y vomitando.

Tras unos minutos pareció recuperarse.

—Jamás pensé —nos dijo— que las vueltas serían tan rápidas. Qué se me ha hecho mi buen equilibrio. Y mi agilidad. Sentí que la cabeza me iba a explotar.

Chato y yo nos largamos a reír. Gato se mantenía muy serio, entrecerrando sus ojos oblicuos.

15

Nos habíamos despertado tarde pues la calle estaba silenciosa, seguramente porque era domingo. Según Jote, este es un día en que los hombres descansan, por lo que circulan pocos vehículos. A Pailas y a mí nos llamó la atención ver a algunos hombres durmiendo en la vereda y a otros caminar dando tumbos. Algunos se detenían de repente y comenzaban a hablar solos. Un par de ellos se dirigió a nosotros. ¡Qué simpáticos me parecieron, aunque no entendí nada de lo que nos decían!

Pailas y Jote caminaban adelante, atentos a las señales que permitieran a Pailas dar con la casa de sus amos. Estábamos seguros de que la íbamos a encontrar. Mi único temor era que ya tuvieran otra mascota y que se hubiesen olvidado de nuestro amigo. También era posible que sus amos se hubieran cambiado de casa. Si esto fuera así, no abandonaremos a Pailas.

Estábamos ante un cartel en que aparecían un avión y una flecha. Según Jote, no había duda de que ésta indicaba la dirección del aeropuerto. Pronto oímos el ruido de un avión que descendía y muy luego desembocamos en una rotonda, ante la cual Pailas quedó expectante, con sus grandes orejas tensas.

—Esa calle de allá —dijo— creo que es la calle de mi casa.

Con los ojos brillantes de emoción, comenzó a caminar lentamente, como al acecho, rastreando el costado de la avenida.

Pasadas un par de cuerdas se detuvo y se quedó observando fijamente una casa.

—Amigos, ¡es mi casa!.. ¡Estoy seguro!

Era una hermosa construcción, con un lindo jardín. En él jugaban unos niños y junto a ellos brincaba un perro. ¡Justo lo que yo no quería ver!

Miré a Pailas. Con la cabeza gacha y la cola entre las piernas, éste dijo:

—Hay otro en mi lugar. Y lo que es peor: ¡se parece mucho a mí!

Efectivamente, era muy parecido a Pailas. Jote miraba la escena con tristeza y callaba. Ninguno de los dos sabíamos qué decir. Pasaron unos minutos antes de que uno de los niños nos prestara atención. Nos quedó mirando y de pronto se acercó a las rejas del jardín, abrió su puerta y caminó pausadamente hacia nosotros, observando fijamente a nuestro orejudo compañero.

—¿Pailas? —preguntó de súbito el niño—. ¡Pailas! ¿eres tú?

Corrió hacia nuestro amigo y lo abrazó.

—¡Pailas, Pailas! ¿Dónde has estado?

Sin dejar de abrazarlo, el niño lo tironeó hacia la casa. Los otros niños, que parecían ser sus hermanos, se nos habían acercado para ver qué pasaba. Finalmente todos entraron a la casa con Pailas.

Asombrados, no nos movíamos de la reja. Tras un buen rato vimos que Pailas salía al jardín. Pronto nos dimos cuenta de que no era él sino que un perro que se le parecía mucho.

—Gracias —dijo acercándose—, gracias por traer a mi padre a su casa.

Nos miramos sorprendidos. ¿Pailas era padre? ¡Nunca nos había hablado de un hijo!

—Papá se perdió cuando yo estaba por nacer —continuó diciendo el hijo de Pailas—. Nosotros, con mi mamá, no vivimos aquí. Pero a menudo me van a buscar para que pasemos unos días en esta casa. Estos años sufrieron mucho cuando desapareció mi papá. Por eso me traen muy seguido a pasar unos días con ellos.

Quise hacer unas preguntas, pero todavía estaba tan sorprendido que no atiné a hacerlo. El hijo de Pailas continuó:

—Están todos felices y lo van a meter a la bañera para lavarlo. ¡Tiene olor a muerto, el pobre! Eh, perdón, no quise ofenderlos.

—No, no te preocupes —dijo Jote—, sabemos que nos hace falta un buen baño.

—En fin. Mi padre me pidió que les diera especialmente las gracias y que les dijera que vengan a verlo, pues siempre los esperará. Seguramente no lo van a dejar salir por un buen tiempo por miedo a que vuelva a perderse. ¡Ah! Me olvidaba. En lo que más me hizo hincapié es que les asegurara que los ama y que nunca los olvidará.

Los días que siguieron fueron bastante difíciles. El barrio por el que ahora vagábamos era pobre y me recordaba los que había conocido con Chato y Gato cuando habíamos llegado por primera vez a Santiago. Continuábamos sucios y hambrientos. Jote insistía en que debíamos encontrar lo que algunos hombres llamaban “el barrio alto” de la ciudad. Ahí, según él, era más

fácil hallar comida y había unas perras preciosas que hasta lo invitaban a uno a salir a caminar con ellas.

Entretanto, una noche tuvimos que contentarnos con desgarrar unas bolsas que alguien había dejado frente a un edificio. Tenían toda clase de desperdicios, entre los que se podía encontrar algo que comer. Desgraciadamente entre los restos había una botella rota y Jote se hizo una pequeña herida en una pata. ¡Cómo es posible que los humanos mezclen sus alimentos con vidrios, trapos, tarros y toda clase de porquerías intragables!

Como a Jote le dolía la pata herida, nos echamos un rato a descansar. La dura existencia que compartíamos nos había acercado uno al otro y ya podía considerarme su amigo. ¿De qué origen sería Jote? Nunca me lo había preguntado. La confianza que ahora existía entre ambos hizo que me atreviera a preguntárselo.

Jote me miró intensamente, como tanteando si podía contarme sus secretos. Y no contestó directamente mi pregunta.

—Uno de los amos que tuve —dijo, en cambio— era muy raro y muy cruel. Me mantenía día y noche encadenado en un patio duro, donde ni siquiera podía escarbar la tierra. Me daba de comer siempre lo mismo: unas monótonas bolitas que no tenían mal sabor. ¡Pero cómo añoraba yo masticar un buen hueso y sentir sus crujidos! A punta de varillas aprendí que le gustaba que le ladrara a cada uno de los hombres que pasaban cerca de la casa. Quería que pareciera una fiera, cosa que no me agradaba. —Hizo una pausa, como recordando algo, y continuó—: Un buen día se



descuidó y logré huir. Me recogió una pareja de humanos ya entrada en años. Ambos me querían y cuidaban, pero muy luego uno de ellos enfermó y se lo llevaron a un hospital. No vivió mucho tiempo y me quedé solo con mi ama, la que también enfermó, más parece que de tristeza que de un mal físico. Nunca volvió a ser la misma, aunque había sido alegre y animosa. Parece que no tenían parientes ni amigos pues nadie los visitaba.

“Un día mi ama se sintió mal y partió al hospital. A su regreso me di cuenta de que tampoco viviría mucho más. Yo no me hice problemas porque estaba acostumbrado a salir a la calle. Ambos me dejaban salir, y cuando regresaba les daba unos golpecitos en la puerta y me la abrían. Una tarde llegó un señor que hablaba muy poco y que ayudó a mi ama a guardar algunas cosas en una maleta. Era el hijo, porque la llamó mamá.

“—¿Qué haremos con este perro? —preguntó, refiriéndose a mí.

“Ella se me acercó, me acarició y le repuso que debía cuidar de mí hasta que me vinieran a buscar. Y que no me sacaran esta capa que ella me había puesto porque todavía hacía mucho frío.

“El hijo me miró y no contestó nada”.

—¿Y qué hiciste? —pregunté.

—Salí inmediatamente a la calle y mientras ellos embarcaban las cosas en el auto me escondí detrás de un poste. Desde lejos observé que ella me buscaba y me llamaba. Fue la última vez que la vi. En dos ocasiones volví a su casa, pero la encontré herméticamente cerrada.

Jote tenía lágrimas en los ojos.

—Siempre que iban de compras me traían algo —continuó mi amigo, nostálgico—. Una Navidad llegaron con un inmenso mono de trapo. Yo no me demoré mucho en hacerlo pedazos mientras ambos reían de mis payasadas. También recuerdo que a mi amo le encantaba tirar galletas al aire para que yo las agarrara al vuelo. En una de esas le di un encontrón a mi ama y la tiré al suelo. Pero ella, en vez de retarme, me acarició riéndose. Creo, al menos, que en algo les alegré la vida. Por eso no quiero volver a tener amos: cuando los pierdes, te apenas y los extrañas.

Dicho esto, Jote se paró y dijo:

—Ya es hora de irnos. Va a oscurecer pronto y aquí podemos tropezar con algunos de nuestra especie que no nos van a recibir bien.

Yo también me puse en pie y Jote me siguió cojeando, con su capa cada día más sucia.

Caminando junto a Jote me puse a recordar algunas de las cosas que nos sucedieron cuando estuvimos por primera vez en la capital. Habíamos llegado, una tarde, al lecho de un río que pasaba por el medio de la ciudad. Nos extrañó que este río no se parecía en nada a los que acostumbrábamos a ver en el campo. El agua era oscura y a ratos olía muy mal. Y en él navegaban trapos, botellas plásticas, trozos de tablas y otras basuras. A un costado, la corriente dejaba libre un delgado trozo de playa.

Estábamos sobre un puente que cruzaba el río. Esto significaba que durante el día tendríamos sombra bajo él. Los tres nos miramos y acordamos que no parecía un mal lugar donde quedarse. Al descender a la playa nos dimos cuenta de que bajo el puente habitaban algunas personas acompañadas de varios perros. ¿Qué hacer?, nos preguntamos. No parecían peligrosas. Resolvimos acercarnos a los de nuestra especie.

—¡Hola! —saludamos—. ¿Podemos descansar aquí un rato?

—Claro, este es un lugar público —dijo el perro más viejo—. Vengan a echarse no más. ¿Parece que vienen de lejos?

Los demás perros nos miraron sin decir nada, mientras los humanos, sin prestarnos mayor atención, parecían estar preparando unos alimentos en un par de ollas bastante sucias.

olor se desprendía de los humanos, que se veían tan negruzcos y sucios como las ollas que humeaban sobre el fuego.

Dos de los hombres tenían el pelo y la barba muy crecidos y también muy mugrientos. El otro humano era una mujer joven, a cuyo lado había un niño igualmente sucio que comenzó a observarme con interés.

Los perros continuaban echados, como si les diera flojera hablar y moverse. Salvo el que nos recibió, que nos preguntó por nuestros nombres.

—Yo me llamo Perro —dije—, así, sólo Perro. Él es Chato, y nuestro amigo se llama Gato, simplemente Gato.

—Yo me llamo Rey —repuso el perro anciano—. Ella es Carlina, él es Toto, y ellos son Pulga, Topo, Ñato, Tromba y Palomo.

Estaba terminando la presentación cuando de entre unas cajas de cartón salieron dos congéneres de Gato.

—Yo me llamo Cabezón —dijo uno de ellos, e indicó al otro gato—, y él se llama Pirulo. Todos somos de la misma familia. Nuestros amos —continuó, hablando como si se estuviera dirigiendo a un importante auditorio— son unos esforzados vagabundos que nos mantienen con mucho esfuerzo y sacrificio. El mayor de mis amos ya está en la lista de espera del cementerio, y el otro parece que es quien le sigue en la misma lista. Entre trago y trago de vino ambos se las arreglan para mantener este hogar, que como ustedes pueden apreciar no goza de amplias comodidades pero tiene ese calor hogareño que pueden sentir, especialmente cuando encienden fuego.

Mientras Cabezón hablaba, con su aire de senador, vi que el niño que acompañaba a la mujer joven me ofrecía un trozo de pan. Sus ojitos tristes relumbraban y me hizo recordar a Pedrito. Había algo de Pedrito en su manera cariñosa de mirarme. Me acerqué a él y el niño me lanzó el pedazo de pan. Pero Tromba se adelantó y lo cogió en el aire. Entonces yo me acerqué al niño moviendo intensamente mi cola para que supiera lo agradecido que estaba. El niño sacó de entre sus harapos otro pedazo de pan e iba a tirármelo, cuando la mujer joven le dio un bofetón.

—¡El pan es pa' ti, tonto, no pa' los perros! —chilló—. Después no te quejís de hambre, tontorrón.

Entretanto, los dos hombres habían terminado de preparar algo en las ollas. Lo curioso es que vaciaron sus contenidos en varios tachos, uno para cada uno, incluida la mujer, y otros dos para los perros y gatos. Mientras esperaba mi turno para comer, observaba a ambos hombres. Se veían muy cansados y sin embargo habían preparado comida para todos.

Una vez comidos, nos preguntamos con Chato y Gato si sería apropiado que nos quedáramos allí, en medio de una familia tan numerosa. A sus miembros no les faltaba voluntad para aceptarnos. Aunque hay personas que no son capaces de darnos ni un poco de agua, las de acá compartían con nosotros su propia comida. Sus sentimientos no se parecían en nada a los de otros hombres que conocí, que tenían de sobra y nada daban.

A todo esto, ya estaba por anochecer. ¿Nos quedamos aquí, nos preguntamos, o nos vamos a dormir a otro lado?

En eso se acercó Rey y nos dijo:

—No se preocupen, pueden quedarse acá. No sobra nada, pero tampoco falta. Nuestros amos nos quieren y nos cuidan a pesar de que ya están muy enfermos y cansados. Aunque ustedes no lo crean, ambos tuvieron un hogar, una casa. Les sobraba de todo, comida y comodidades. En realidad, hasta les sobraban amigos, los mismos que cuando las cosas se pusieron malas desaparecieron como por arte de magia. Mis amos lo perdieron todo por culpa del licor. Se emborrachaban hasta perder el sentido. Quedamos en la calle. Dos de nosotros también resultamos afectados porque vivíamos con ellos desde cachorros. Pero no los hemos abandonado nunca, ni en las buenas ni en las malas. Seguramente ya se habrán dado cuenta —recalcó Rey, cabizbajo— que ahora estamos en las malas. Yo también estoy viejo y me duelen los huesos, porque ya me queda poco hilo en la carretilla, como se dice por ahí. En fin, lo único que quiero es morir antes que mis amos; no aguantaría quedar solo. Bueno —dijo, cambiando bruscamente de tema—, les insisto que si quieren quedarse aquí, pueden hacerlo. Total, nadie los apura.

Rey se había alejado luego en dirección a unos cartones para acomodarse a dormir. Apenas decidimos pasar la noche con ellos, yo me acerqué silenciosamente a mi "Pedrito". El niño se había acurrucado junto a la mujer joven y parecía adormecido. Me eché y me apreté suavemente contra sus piernas. "Pedrito" pareció sentirme porque me acarició el pelaje y luego se agarró de una de mis orejas. Aunque esto me resultaba muy incómodo, no me moví hasta que el niño se durmió.

Por fin parecía que nos estábamos acercando a lo que Jote llamaba "el barrio alto". Todo me llamaba la atención pues yo sólo había conocido hasta entonces la parte baja de Santiago. Me preguntaba si Jote conocía verdaderamente estos lugares. Y si los conocía, ¿por qué no se había quedado a vivir en ellos? Se veían casas lujosas con hermosos jardines, gente que vestía y olía muy bien, automóviles muy bonitos. Se acercaba la noche y, como todas las tardes, debíamos encontrar dónde comer y dónde dormir. Jote pareció adivinar mi pensamiento.

—No te preocupes —dijo, sin mirarme—. Estamos por llegar a un lugar que conozco.

Y mientras continuamos al trote, Jote cojeando, éste me cuenta que estamos cerca de un parque que tiene una caseta con subterráneo, donde podremos acomodarnos. Me agrega que tampoco me preocupe por la comida porque frente a ese parque hay un restorán del que a media noche sacan restos de alimentos. Lo miro y me da la sensación de que lo tiene todo pensado. Debe ser porque posee mucha más experiencia que yo. Le pregunto, entonces, cuánto tiempo hace que no calleja por estos barrios.

—Desde que quedé solo. A menudo le oía decir a mi último amo que había que conocer el mundo para aprender a vivir. Tenía razón. En estos lugares he aprendido que los

hombres tienen las mismas costumbres en todas partes. Con o sin dinero, tienen los mismos sueños, porque hay cosas que el dinero no puede comprar. El cariño, por ejemplo, un gesto amable, o simplemente un momento junto a los seres queridos. Es lo que nos hace felices. ¿Pero sabes, amigo, qué otra cosa también he aprendido? Que para eso se necesita tiempo, y que tiempo es, según decía mi amo, lo que justamente tienen cada vez menos los hombres.

La verdad es que entonces no entendí mucho lo que expresó Jote. Pero que habló bonito, ¡habló bonito!

Habíamos llegado al lugar donde íbamos a pasar la noche. En la entrada estaban echados tres de los nuestros.

—No hay problema —afirmó Jote—, son amigos míos. Y dirigiéndose al grupo, dijo—: Les presento a mi amigo. Se llama Perro y va a estar un tiempo con nosotros.

Mirándome con cierta desconfianza, uno de ellos dijo:

—Bienvenido, amigo. Aquí, como usted verá, cada cual vive en su mundo. Él se llama Nerón y ella es Princesa.

La tal Princesa era muy atractiva. La finura de su pelaje, su exquisito olor, la forma de mirarme... Yo estaba como embobado cuando Jote confirmó que aquí nos quedaríamos. Y agregó:

—En este lugar sólo habitan Mono y Nerón. Princesa vive en su casa, pues ella tiene amos. Claro que sale a la calle cuando quiere.

Yo la seguía mirando, y ella también me miraba; o, al menos, así me lo parecía. Al preguntarle donde vivía, me

pasaban el día entero afuera. Ambos trabajaban, sus hijos eran grandes y se hallaban lejos. Ella se aburría en la casa y por eso salía a callejear.

Se notaba que era una perra de raza. De pronto me sentí avergonzado de mi pinta. Sabía que me hacía falta un baño. Hasta pensé en tirarme a una pileta que se hallaba cerca de nosotros, pero Jote interrumpió mis divagaciones:

—Ten cuidado. Estas congéneres de por acá son cosa seria. No te ilusiones.

—No te preocupes, amigo, yo sé de estas cosas. Además, no es la primera vez que conozco a una perra atractiva.

Hablé como si el asunto me importara poco. Pero claro, a Jote no lo iba hacer tonto. Me miró y meneó la cabeza.

—¡No olvides que te lo advertí! —dijo.

Enseguida Mono y Nerón le preguntaron a Jote donde había estado y por qué había desaparecido por tanto tiempo. Él les contestó que el lugar donde había vivido últimamente estaba pronto a desaparecer, pues lo estaban excavando. Además, se acercaba el invierno y había que buscar un lugar más acogedor.

—Todavía no te has sacado esa capa —dijo Nerón dirigiéndose a mi amigo—. No deberías conservar esa inmundicia.

—Tú sabes que soy sentimental —repuso Jote— y que me gusta sentirme vestido como los hombres.

En eso Princesa dice que ya es tarde, que tiene que irse. Sin dudarle me ofrecí para acompañarla. Parece que metí la pata porque todos me quedaron mirando con cara de pregunta. Se produjo un silencio que duró como un siglo.

R. F. POYANCO

—Muchas gracias —dijo ella—, te lo agradezco, pero son sólo unas pocas cuadras y conozco bien el camino.

Quedé con la cola entre las piernas. No sabía si continuar de pie, sentarme, o simplemente seguir con cara de tonto.

—Bueno —Princesa se volvió repentinamente—, si quieres acompañarme, vamos, ya es tarde...

Ya en camino, le pregunté por qué había aceptado que la acompañara. Ella me respondió que no era usual que alguien se portara tan gentil. Por lo general, a una se le pegaban sin más, sin preguntarle si deseaba o no compañía.

—Parece que vienes de un sitio donde todavía existen los buenos modales —continuó Princesa—. Acá es difícil encontrar a un perro educado, son todos unos patanes. A nosotras no nos respetan. Por eso no tengo novio. A todo esto, ¿tienes novia?

Las palabras no me salían, no podía ordenar mis sentimientos. Ella se puso coquetamente a reír. Me dijo que no me pusiera nervioso, pero yo seguía sin poder controlar mi lengua. Al fin pude contestarle, sin la desenvoltura con que hubiera querido hacerlo:

—No, no tengo compromisos con nadie.

La casa de Princesa me dejó boquiabierto. A través de las rejas de su antejardín pude ver que era enorme y muy bonita. No sé por qué esto me puso más nervioso. Ella me preguntó entonces si al día siguiente iba a estar en el parque de la caseta, a lo que respondí afirmativamente.

—Entonces nos vemos mañana —dijo, como si no volara una mosca.



En ese momento alguien salió de la casa y le abrió la puerta del jardín. No recuerdo cuánto rato me quedé ahí, medio paralizado, hasta que me di cuenta de que debía regresar donde Jote. Me costó trabajo dar con el camino de vuelta porque junto a Princesa lo había hecho como flotando.

Al llegar, Jote me miró, meneó la cabeza y dijo:

—No me digas más tarde que no te lo advertí.

También Nerón me enfrentó.

—Es una perra —me previno— que nadie ha podido conquistar. Tiene un genio de los mil demonios. Además, hay varios perros que han querido seducirla pero han terminado con el corazón roto.

Finalmente Mono me advirtió:

—Amigo, ¿quiere un consejo? No se caliente la cabeza. Si quiere calentársela, póngala al sol, pero no se la caliente con Princesa. Por ahí hay varios mártires que andan cortándose las venas con un cuchillo de palo.

Ya en la caseta que iba a ser nuestro nuevo hogar nos acomodamos para dormir. A esa hora no la ocupaban los guardias del parque, los que, según mis compañeros, eran muy amables con nosotros. Echándose a mi lado, Jote me dijo:

—Amigo, si te parece, mañana podemos buscar otro sitio donde establecernos. Te evitarás muchos problemas...

—Preferiría pensarlo un poco...

Algo no me estaba funcionando bien. Debía pensar dónde establecernos mejor y me sorprendía pensando en Princesa. Parece que a todos nos llega el momento de sentir que ne-

vida. A Jote debe haberle pasado, pero no me atrevía a preguntárselo. Si nunca me había hablado del tema era por algo.

Pensando en ello me quedé dormido. A la mañana siguiente me despertaron dos guardias que venían a hacerse cargo de su puesto. Mis compañeros ya se habían marchado y sentí temor de que los recién llegado me echaran por desconocido.

—¡Otro más! —exclamó uno de ellos con cara poco amistosa—. Al que estaba afuera ya lo habíamos visto, pero a éste nunca.

Me acerqué a ambos moviendo alegremente mi cola. Deben haber comprendido que sólo pedía amistad, pues el de más edad se puso a hacerme cariño y luego me dio un trozo de pan.

Afuera de la caseta no había nadie. De pronto, a lo lejos, se perfiló la silueta de una perra. Su lustroso pelaje blanco resplandecía bajo el sol naciente. Mi corazón comenzó a latir cada vez más rápido.

—Hola —dijo Princesa acercándose—, ¿como amaneciste?

Logré contestarle con una falsa naturalidad que había amanecido bien. Se sentó junto a mí, y me informó:

—Veo que aún no llegan los otros. Todas las mañanas van donde los Riquelme. Es una casa donde les dan agua y comida. Son unos humanos muy buenos. Y tú, ¿por qué no los acompañaste?

Iba a inventarle una mentira, pero antes se pilló a un mentiroso que a un ladrón. Así es que con vergüenza le conté que me había quedado dormido.

voz muy dulce—. Ahora cuéntame: ¿de dónde eres? ¿Quién eres? ¿Por qué no tienes nombre? Deberías tener uno.

—Bueno —contesté—, mi historia no es muy corta. No creo que te interese. Todo lo que me ha pasado no es gran cosa y debe ser una lata para una perra como tú. La verdad es que he estado vagando desde hace mucho, desde que me escapé de la casa de mis segundos amos...

—Si te he hecho la pregunta es por algo —dijo ella con cierto misterio—. A nadie le pregunto por su vida si no me interesa. Además, no eres el primer vago que conozco.

Todo me lo dijo con tal seguridad que me dejó perplejo. No me quedó otra que comenzar a contarle mi vida. Ella me escuchaba con gran interés, sin hacerme pregunta alguna. Cuando ya estaba por terminar mi relato, que traté de hacer lo más corto posible, vimos acercarse a nuestros amigos. Les habían dado un succulento desayuno.

Jote le preguntó a Princesa si nos acompañaría más tarde al centro de la ciudad. Unos perros le habían contado que iba a haber allí un gran espectáculo y que siempre era bueno conocer cosas nuevas.

—No —repuso ella—, no puedo ir tan lejos. Y dirigiéndose a mí, dijo—: Ya nos veremos para que termines de contarme tu historia. Porque parece que aún no has terminado...

Mi corazón comenzó a latir tan rápido que por momentos creí que se me iba a salir del pecho.

Cuando desperté, Gato estaba sentado frente a mí.

—Me lo imaginaba —dijo, clavándome sus ojos oblicuos y haciendo un gesto sarcástico con sus largos bigotes—. Ya te engatusó esa mala criatura.

—¿Malo? ¿Pedrito?

—¡Ah, veo que ya le pusiste Pedrito!

Me hizo señas de que lo siguiera. Y sentándose algo más lejos, me habló como solía hacerlo, como si le hablara a un gran auditorio.

—Yo no perdí el tiempo como tú —me recriminó—. Y como veo muy bien de noche, estuve observando a esa joven mujer, que de partida no me gustó. ¿Y sabes qué averigüé con mi otros compañeros? No me equivoqué: no es la madre de tu "Pedrito" y por eso lo trata mal.

—¿No es su madre? —balbucí.

—No. Ella arrienda a esa criatura para pedir limosna, ¿entiendes? Lo usa para que los de su especie se compadezcan del niño y la ayuden con unas monedas. Y como no lo quiere lo trata mal. Y los cachorros maltratados —sentenció, con la seguridad de un profesor —llegarán a ser unos malos adultos, que a su vez tratarán mal a los de su especie. Así es que ¡cuídate de tu "Pedrito"! es un mal cachorro!

Agregó enseguida que no le agradaba este lugar. Cabezón y Pirulo no se habían mostrado amistosos cuando les habló.

Parecía incluso ofendido. Ya lo había hablado con Chato y éste se hallaba de acuerdo en buscar otro lugar donde vivir.

Mientras conversábamos observé que la mujer se levantaba y abandonaba el lugar con el niño. Un impulso irresistible me hizo seguirla. Sentía la necesidad de proteger al pequeño.

—¡Cuidate de los malos cachorros! —gritó Gato—. ¡Aquí te esperamos!

La mujer, tironeando al niño, que la seguía de mala gana, llegó a una avenida ancha, tomó en brazos al chico y se instaló junto a un semáforo. Apenas dieron la luz roja, se acercó a uno de los automóviles alargando la mano.

A poca distancia yo veía sus gestos, algo aturdido todavía por la revelación de Gato. De pronto el niño empezó a forcejear con la mujer, como queriendo desprenderse de sus brazos. Ella le dio un feroz bofetón.

—Quiero bajarme —lloró el niño—. Quiero ver a mi mamá.

No pude más y de un salto me puse ante la mujer, ladrándole con furia.

—¡Sal de aquí, perro de porquería! —me gritó ella, tirándome un puntapié.

Pero yo, esquivándolo, la agarré por la falda harapienta, mientras gruñía ferozmente. Un automóvil se detuvo ante la escena y desde la ventanilla una señora preguntó:

—Eh, ¿qué pasa ahí?

La mujer bajó al niño de sus brazos y se acercó al vehículo.

¡"Pedrito" está salvado!, me dije, y dando brincos de júbilo corrí hasta la playita del puente.

Esa noche dormimos muy inquietos. A distintas horas

llegaron al lugar algunos hombres. Tropezaban en la oscuridad y lanzaban groserías. A cada momento yo aguzaba la vista para ver si aparecía la mujer joven. Pero no llegaba. A esas horas "Pedrito" debía estar definitivamente con su verdadera madre, soñaba.

—Este no es mi estilo de vida —dijo Gato apenas despertamos—. Seré pobre, pero soy refinado.

Gato tenía razón. Pero ya sabemos que no hay que decirle siempre que la tiene, porque se pone insoportable.

En busca de un lugar mejor, nos dirigimos hacia el centro de la ciudad, el que ni Chato ni Gato ni yo conocíamos aún.

Diversos aromas agradables nos guiaron hasta un gran mercado. A medida que nos acercábamos nuestra hambre aumentaba.

Una vez que estuvimos en él, Gato se introdujo sigilosamente en uno de los restaurantes. De pronto lo vimos salir corriendo, arrastrando un enorme paquete. No nos quedó más opción que seguirlo. Tras él salieron dos hombres, uno con una escoba y el otro con un mantel en la mano, gritando:

—¡Atajen a ese gato ladrón! ¡Atájenlo!

Gato tuvo que esquivar varios puntapiés de otros hombres que querían colaborar en la caza. Cuando nos detuvimos, ya casi sin aire en los pulmones, Gato aún tenía el enorme paquete sujeto con los dientes.

—Es sobrevivencia —dijo, disculpándose.

—¡Es robo! —aseguró Chato. Y yo asentí.

No nos quedaba otra que asumir que éramos cómplices de Gato. Y que estábamos dándole la razón a los hombres

cuando decían: "más ladrón que gato de campo". La verdad es que la carne del paquete estaba deliciosa.

—Mira, Gato —dijo Chato, relamiéndose—, por esta vez pase, pero que no se te ocurra hacerlo de nuevo. La próxima vez no te seguiremos, ¿de acuerdo?

—¡Cálmense! —repuso Gato, y mirándose vanidosamente las garras de una de sus patas, afirmó—: Lo importante es que me estoy poniendo nuevamente en forma. ¡He recuperado casi un cien por ciento mi agilidad!

Tras un buen rato de callejeo, encontramos un lugar donde a lo mejor podíamos establecernos. Era un sitio eriazado que albergaba a unos automóviles abandonados. No se veía a nadie, así es que entramos por un hueco de uno de los muros que cerraban el sitio.

Gato rastreó profusamente el lugar.

—Aquí deben vivir algunos congéneres de ustedes —dijo—, y parece que también algunos humanos. Según los rastros que logro descifrar, no hace mucho rato que estaban acá. Debemos estar alerta. Pueden volver en cualquier momento y no sabemos si serán amigables.

Hablaba con tal seguridad que le encontramos razón. Además, la profusión de olores que sentíamos parecía indicar que estaba en lo cierto.

Gato volvió a hablar desde la cátedra:

—Los hombres que han estado aquí no pasan acá la noche, pues no hay señas de fuego. Seguramente los vecinos no los dejan pernoctar en este sitio.

Aunque presuntuoso, Gato razonaba cada día mejor.



Estábamos en un barrio donde probablemente los vecinos se quejaban a la policía si en sus sitios eriazos los hombres y los perros se ponían muy ruidosos. Además, el lugar estaba rodeado en su mayoría por edificios de departamentos.

Finalmente optamos por quedarnos a la espera de la presunta llegada de los habitantes nocturnos del sitio. Entretanto, Gato insistía en que debíamos estar dispuestos a enfrentar una situación difícil. Podía producirse un enfrentamiento, decía, por lo cual convenía estar preparado para un ataque enemigo.

No mucho rato después se introdujeron varios perros por uno de los agujeros del muro. Se acercaron tensos, con cara de pregunta. Uno de ellos llevaba una sucia capa y otro lucía unas enormes orejas.

—¿Se les ha perdido algo por aquí? —preguntó el de la capa.

Yo pensé: “tenemos problemas”, a pesar de que el tono de voz era más bien amistoso.

Optamos por presentarnos. Ellos, por su parte, dijeron llamarse Terry, Jote, Pailas y Buga. Así fue, entre paréntesis, cómo conocí a Jote y a Pailas.

—¿Qué hacen acá? —Ahora era Terry el que interrogaba.

Chato respondió que buscábamos un lugar donde vivir.

—Por el modo de hablar, ustedes parecen venir del campo —dijo Jote—. ¿De dónde son?

La conversación se generalizó y nos dimos cuenta de que no íbamos a tener problemas en quedarnos con ellos. Había sitio para todos. Lo que sí nos advirtieron era que a veces, durante la noche, algunos hombres se ponían allí a beber

y a fumar. Los vecinos reclamaban, la policía llegaba y nos expulsaba a todos. Claro es que pasado un rato podíamos volver.

Cuando finalmente nos echamos para descansar, Gato nos dijo en voz baja, a Chato y a mí:

—Hay que estar alerta pues tanta simpatía puede ser una trampa. Tal vez nos están preparando una emboscada.

Chato y yo nos miramos.

—Sí —dijo Chato con la misma voz misteriosa—. Y después colgaremos de la horca como soldados que han sido sorprendidos espionando. Creo, Gato, que definitivamente estás pasado de revoluciones.

19

Seguramente el espectáculo al que me invitó Jote ya había comenzado. Desde lejos nos llegaba un gran barullo y pronto empezamos a olfatear un olor que no me era desconocido. Desembocamos en una doble gran avenida, con un jardín central, y vimos a una multitud de humanos que corrían dando gritos. La mayoría eran jóvenes. El suelo estaba mojado y sembrado de papeles, botellas plásticas y piedras. Aunque la avenida era muy ancha, no circulaba por ella ningún vehículo.

De pronto la muchedumbre giró y empezó a correr hacia donde Jote y yo estábamos recién llegados. Un extraño sentimiento me invadió, unas ganas invencibles de correr. Saltando y ladrando me apegué a los talones de uno de los jóvenes y lo acompañé mientras corría y se refugiaba detrás de un árbol. Entonces vi al enorme vehículo de la policía. Éste lanzó un poderoso chorro de agua y la cortina líquida nos empapó. A unos pasos de mí, y en medio de otros jóvenes, Jote sacudía su pelaje y su capa para liberarse del agua.

Nunca habíamos visto a tantos hombres furiosos. Al carro de la policía, que ahora retrocedía, algunos jóvenes les lanzaban piedras gritando "asesinos", "asesinos". ¿Acaso los policías querían matar a estos jóvenes? Los hombres son tan crueles que talvez tenían la intención de hacerlo. Recuerdo haber visto a una señora ahogando a dos cachorritos de gato recién nacidos.

Ahora las cosas parecían haber cambiado. Algunos ma-

la avenida y blandían trozos de hierro. El joven al que yo acompañaba se lanzó hacia un grupo de policías que apareció desde atrás del carro lanzaagua. La multitud se arrojaba contra los escudos policiales gritando y lanzándoles piedras. Uno de los hombres, encapuchado, les arrojó una botella ardiendo, que cayó en medio de los escudos, provocando un reguero de llamas. El pelaje se me erizó de miedo. ¿Y si la policía contestaba en la misma forma? Me sentía electrizado por la situación y corría, de un lado a otro, lleno de una salvaje energía que no podía explicármela. A Jote parecía sucederle lo mismo, pues lo veía corriendo y brincando entre las piernas de los manifestantes.

De pronto dos o tres policías se hincaron y dispararon sus armas. Un fétido olor se expandió rápidamente. Reconocí el extraño olor que habíamos olfateado poco antes. Los hombres huyeron en desbandada, lagrimeando y tosiendo. Yo había perdido a mi joven acompañante y me lancé hacia el jardincillo central, metiéndome por entre los trozos de reja. En medio del humo y de la confusión se me acercó a la carrera Jote.

—¡Estás herido! —me gritó.

—¡No, estoy bien! —repuse. Pero en ese momento sentí un intenso ardor en un costado del cuello.

—Estás sangrando —me aseguró Jote—. Salgamos cuanto antes de aquí. Esto es una locura. Dejemos que los hombres se maten entre ellos.

Corrimos avenida arriba. Corrimos y corrimos hasta que dejamos atrás el desagradable olor y el agua desapareció del pavimento.

Princesa nos esperaba en el parque de la caseta. Corrí a su encuentro tratando de disimular mi herida, que ya no sangraba.

—Lo primero —me dijo ella, apenas estuve a su lado— es lavar esa herida. Claro que antes hay que tratarla para que no se infecte.

Me pasó suavemente la lengua una y otra vez por la parte afectada. Y yo que creía que no se había dado cuenta de mi estado.

Enseguida me condujo hasta el borde de la pileta del parque.

—Mete la cabeza en el agua —me ordenó luego—. Yo te ayudaré a lavar ese cuello y te aliviaré el dolor.

A pesar del tono de mando, me lo dijo con tanta ternura que sus palabras se convirtieron en las mejores que había escuchado en mi vida.

—Y ahora, a descansar.

Nos echamos muy juntos uno al lado del otro. Yo estaba como embrujado y mi corazón se aceleraba cada vez más. La cercanía afectiva que se había creado entre ambos me empujó a terminar de contarle la historia de mi vida. Y cuando le pedí que me contara la suya, me contestó muy coquetamente:

—Todo a su tiempo. Ya te la contaré...

me ponía nervioso cuando le hablaba. Ella me preguntó si aún me acordaba de mis amos y de Pedrito. Sin darle mayor importancia a su pregunta, le respondí que sí, que me gustaría mucho saber dónde y cómo estaban. Pedrito ya debía ser un niño grande y a lo mejor ni siquiera se acordaba de mí. Quizás tenía a otra mascota en mi lugar. No sé cuántas Navidades han pasado, le dije, y yo ya no estoy tan joven que digamos. Digamos que estoy a mitad del tiempo...

Ella me miró con cara de pregunta:

—¿Y cuál es esa mitad del tiempo?

—Ah, esa mitad la pones tú. Total, nadie sabe cuando nació.

—Y dicen que nosotras somos las vanidosas —dijo ella sonriendo—. Estás tratando de quitarte la edad.

Callé, pues parece que había metido la pata. Al cabo de un momento, ella rompió el silencio:

—Tus amos deben haberte puesto un nombre. Cuando uno llega a una casa, todos se pelean por darnos un nombre. Los niños son originales, mientras que los adultos eligen nombres antiguos y pasados de moda. Mi ama me puso Princesa, pero a mí me hubiera gustado llamarme Lady Di. A ti, ¿que nombre te pusieron?

—No sé, no me acuerdo.

—¡Pero cómo no lo vas a recordar!

—La verdad es que no. Me acostumbré a que sólo me digan Perro. Total, ¿a quién le importa cómo me llame!

La miré de reojo para ver cómo tomaba mis palabras. Ella no se inmutó y dijo, en cambio:

—¿Sabes? Mi vida no ha sido tan agitada como la tuya pero

también ha tenido sus rollos. Mis amos, a pesar de ser muy buenos, no están ni ahí conmigo. Ellos viven su vida y yo la mía. Nada me falta, pero como ambos trabajan y llegan tarde, casi nunca los veo. Y cuando están en casa, es como si no lo estuvieran, pues mientras uno lee el otro está sentado ante el computador. No entiendo para qué viven juntos si apenas se hablan. A veces, en los fines de semana, llegan sus hijos. Son dos varones que estudian en una universidad lejos de acá. Ellos son más alegres —continuó Princesa, perdiendo el dejo de tristeza con que estaba hablando—, les gusta jugar conmigo y lo pasamos bien. Cuando se van, la casa queda como vacía. Sólo la nana y yo. Ésta es súper buena conmigo: me deja salir a la calle cuando quiero y me prepara una rica comida. Aun así, me aburro y prefiero salir a pasear y a entretenerme con los de la calle. Claro que a esos compañeros hay que mantenerlos a raya pues son muy pasados pa' la punta. Creen que porque una anda en la calle va a estar a su disposición. Tengo fama de pesada, pero prefiero esa fama a que no me respeten. ¿Sabes? Tú pareces distinto, no eres como mis congéneres callejeros. ¡He conocido a cada vago!... Claro que yo también he tenido mis caídas, pero sólo han sido deslices sin importancia. De repente aparece algún perro de buena facha y lengua de kilómetro. Y qué quieres que te diga, fallan las defensas. Pero como el flechazo me dura poco, los echo con viento fresco por donde mismo llegaron. Bueno, así es mi vida, nada extraordinario...

Yo la miraba embrujado.

—¿Qué te pasó?

—No, no. Nada —repuse.

Qué cara debo haber tenido que la asusté. La verdad es que estaba muy metido en lo que me contaba y disfrutaba mirando las distintas y bellas expresiones de su rostro.

—Gracias —tartamudí—. Es la primera vez que una perra me cuenta su... su...

—No te preocupes —me ayudó—, no digas nada. Hay cosas que se dicen mejor con la mirada. Tus ojos hablan y yo puedo escucharlos.

Estábamos tan envueltos en una cálida atmósfera de intimidad que no nos dimos cuenta de que se nos habían acercado un par de perros que no parecían tener buen genio.

—¡Qué haces aquí, viejo malherido! —gruñó uno de ellos, acercándoseme—. ¡La dama se va con nosotros!

Yo me mantuve inmóvil.

Era un perro más grande y pesado que yo, y tenía varias cicatrices en el cuerpo. A pesar de los años que yo llevaba en la calle, nunca me había peleado con un congénere; los problemas los solucionaba siempre diplomáticamente.

Ahora no podía arrugarme, menos delante de Princesa que, aunque tensa, se veía segura y sin temor. Total, pensé, a lo hecho, pecho. En eso mi agresor se me vino encima, gruñendo ferozmente y con sus jóvenes colmillos al aire. Logré esquivar el primer ataque pero no el segundo. Sentí una dentellada en el lomo y otra en el costado de una de mis piernas. No sé de dónde saqué valor y contrataaqué rápido, multiplicando y recibiendo mordiscos. La sangre me cegaba. Jote, que no estaba lejos, se dio cuenta de la situación y corrió

en mi auxilio acompañado de un camarada. Entre todos, y tras algunos gruñidos y dentelladas, logramos hacer huir a los agresores.

Para asegurarnos de que no volvieran, Jote y yo los perseguimos un par de cuadras. Cuando regresamos, vi que Princesa tenía una pequeña herida en un costado.

—No te preocupes por mí —me dijo lamiéndome mis propias heridas—. Tú sí que sacaste la peor parte. Gracias por defenderme, eres muy valiente. Nunca lo olvidaré.

¿En qué momento habían mordido a Princesa? Ella no se había dado cuenta; suponía que fue cuando se adelantó a evitar que me atacara el segundo de los agresores. Yo no sentía dolor alguno. Con ella a mi lado, ocupada en aliviarme, ¿qué podía hacerme sufrir? Me parecía estar en la gloria.

Jote y su compañero nos miraban incrédulos.

Princesa volvió a pedirme que la acompañara hasta la pileta, esta vez para lavar nuestras mutuas heridas.

21

A pesar de que era feliz por lo que me estaba sucediendo con Princesa, no podía borrar de mi mente lo que ocurrió el día en que nos abandonó Chato. Instalados ya en nuestro nuevo hogar de la capital, junto a nuestros nuevos amigos Terry, Jote y Buga, callejeábamos una tarde por el barrio cuando nos encontramos con Tromba y Palomo, los perros que nos habían recibido bajo el puente del río de aguas oscuras. Al preguntarles qué andaban haciendo por aquí, nos contaron que su amo había muerto.

—Una mañana no se levantó —nos contó Terry— y nos dimos cuenta de que ya no respiraba. A su compañero también se lo llevaron ese mismo día y no volvió más. Estaba muy enfermo, no podía caminar y tosía el día entero. El que quedó muy mal fue Rey. No quiso dejar el lugar. Decía que ya no tenía nadie por quién vivir y se negaba a comer. Incapaces de convencerlo de que nos siguiera, decidimos buscar un sitio mejor donde vivir. Y en eso andamos.

—Pueden quedarse aquí, donde estamos viviendo con Perro y con Gato —les ofreció Chato—. El lugar es bastante amplio y los demás compañeros no se opondrán.

Tras dejarlos instalados, salimos los tres a buscar comida, como todas las tardes. Durante estas correrías a Chato le gustaba ponerse a ver televisión en las vitrinas, mientras que Gato prefería tramar cómo hacerse de un pescado o de un pedazo de

carne en algún restorán. Claro que él sabía que no iba a contar con nosotros para hacerlo. Se excusaba diciendo que había que estar siempre preparado para una emergencia alimenticia, y llamaba "simulacro de sobrevivencia" a sus preparativos.

Aquella tarde nada hacía prever una desgracia. Había caído una primera lluvia y el suelo estaba resbaloso. Pero con dos Navidades viviendo en la capital, sabíamos tomar las precauciones debidas y ya no teníamos problemas con el tránsito.

Con Chato y Gato esperábamos en una esquina la oportunidad de cruzarla. El semáforo cambió a amarilla y Chato se adelantó unos pasos. Oímos el chirrido de unos frenos y enseguida el aullido de nuestro amigo. Chato yacía tumbado unos metros más allá. El auto que lo había atropellado ni siquiera se detuvo. Sorteando los vehículos que nos esquivaban, llegamos hasta donde yacía Chato. Tenía los ojos abiertos e intentaba decirnos algo.

—Amigos..., de esta... no salgo.

—Chis, no digas nada —museé yo.

Entre ambos intentamos arrastrarlo hacia la vereda. Mientras yo lo tironeaba del cuello y Gato lo hacía de una pata, se acercó un humano a ayudarnos. El hombre palpó el cuerpo de nuestro amigo y movió la cabeza diciendo: "este las va a entregar". En eso Chato abrió los ojos.

—Amigos —murmuró—, no se separen... Por algo partimos juntos del sur... Y no me olviden... los quiero mucho.

Tras un silencio que nos pareció larguísimo, Chato cerró los ojos para siempre. Había comenzado a llover y el agua se confundía con mis lágrimas.



—Por esta vez —dijo Gato bajito—, y sólo por esta vez, me gustaría ser hombre para hacerle un buen funeral.

Dos señoras que pasaban en ese momento se detuvieron.

—¡Qué asco, otro perro muerto! —dijo una de ellas, y apresuraron el paso.

Pero no todos los humanos reaccionaban como ellas. Se nos había acercado una pareja de ancianos que parecía comprender nuestro dolor.

—Gatito —dijo la anciana bajo su paraguas—, veo que eras amigo de este pobre perrito.

El anciano se agachó, palpó el cuello de Chato y dijo:

—Está muerto... Lo llevaremos con nosotros. Tenemos el auto cerca.

La señora sacó de una bolsa de supermercado una bolsa negra y entre ambos pusieron dentro el cuerpo de Chato. Enseguida acariciaron nuestras cabezas.

—Él estará bien —dijo la señora—. Nosotros nos ocuparemos de que descanse en paz.

La lluvia había arreciado y comenzaban a formarse pozas en los bordes de la acera.

¡Cómo olvidar las largas conversaciones que teníamos con Princesa en el parque de la pileta! Ya nos habíamos puesto de acuerdo en cómo ella iba a justificar su pequeña herida ante la nana. Y ahora estaba contándome otros aspectos de su vida privada. Sus amos, me decía, tenían unos familiares en el sur que a veces venían a la capital, o a veces eran ellos los que viajaban al sur. Iban a un lugar que llamaban “campo” y hablaban mucho de él... Mis amos...

Princesa calló por segunda vez, como con la intención de sugerirme algo, o como para darme el tiempo de acordarme de algo.

Pasados unos minutos, en que su silencio me permitía concentrarme en la belleza de su pelaje, ella me dijo de repente:

—¿Te acuerdas de cómo se llamaba tu ama, la mamá de Pedrito?

Yo nunca me lo había preguntado y la verdad es que tampoco lo sabía. ¿Que tenía que ver el nombre de la mamá de Pedrito con nuestra felicidad presente?

Los tiernos ojos de Princesa buscaron nuevamente los míos.

—¿Recuerdas dónde estaba la casa en que vivías con tus primeros amos?

—Para serte franco —dije— nunca me preocupé de saber dónde se hallaba. Además, lo único que deduje por las conversaciones de mis segundos amos fue que mi ama se había ido a vivir al sur. Seguramente en su primera casa

ahora deben vivir otros humanos. No veo cómo podría dar con el paradero de mi antigua ama.

—Mira, Perro —era la primera vez que Princesa me llamaba así—, este mundo es muy chico y tiene muchas vueltas. Quiero contarte algo, pero tienes que tomarlo con mucha calma. Puede ser que sólo se trate de una coincidencia y en ese caso tendrás que tomarla como tal.

Había levantado la cabeza y se veía muy seria. Yo empezaba a ponerme nervioso; no entendía qué quería decirme. Mientras más hablaba, menos sospechaba yo adonde quería llegar. Finalmente me dijo:

—Mis amos tienen una pariente en el sur. Es hermana de mi amo y hace bastante tiempo, según tengo entendido, que ella quedó viuda y tiene un hijo. ¿Sabes cómo se llama? Pedrito. Es un jovencito de unas siete Navidades más o menos. Es muy educado y tranquilo. A veces viene a nuestra casa, me acaricia y juega conmigo. Aunque la viuda trabaja en el sur, viaja a menudo a la capital porque tiene negocios acá. El asunto es que Pedrito viene con ella, a veces por dos días o sólo por uno. La semana pasada se quedó dos días. Mi amo dice que su hermana es muy trabajadora. Se ve que la quiere mucho, al igual que a su sobrino...

La revelación me impactó.

—¿Tú crees —pregunté temblando— que ese sea mi Pedrito?

Ella endulzó la voz:

—Mira, Perro, debes ser fuerte y tener fe, porque la fe mueve montañas y la esperanza es lo último que se pierde. Imagino que sería maravilloso para ti ver nuevamente a Pedrito.

La quedé mirando sin saber qué decir. Nunca había esperado volver a verlo.

—Y si él me viera, ¿tú crees que me reconocería? —murmuré ansioso—. Han pasados muchas Navidades y yo ya no soy el mismo. Además, mi pinta no es la de entonces. Y con estos machucoños y heridas debo parecer cualquier cosa menos el cachorrito que ambos deben recordar.

—Mmm... con ese optimismo no salvas a nadie. ¡Vamos, perro de poca fe, veamos qué podemos hacer! Y ahora levántate para que me acompañes a casa. Ya es tarde. Y tú debes descansar.

Por el camino, ella volvió sobre el tema:

—La última vez que estuvieron acá el pequeño no la acompañó, pero seguramente la próxima vez lo hará. Debemos pensar qué haremos cuando lleguen. Yo puedo irte a buscar y arreglarnos en alguna forma para que lo veas y que él te vea a ti. Eso déjame a mí.

Habíamos llegado al antejardín de su casa. Ella empujó varias veces la reja de la entrada dando unos encantadores gemidos. Una mujer de delantal abrió la puerta de la casa y al verme exclamó:

—¿Pero de dónde sacaste a este quiltro, Princesa? No me digas que estás de novia.

Claro, con mi pinta no podía haberle causado una buena impresión. No voy a decir cómo me sentí, pero Princesa me dijo muy dulcemente:

—No te sientas mal, no todos los ojos pueden ver más allá de sí mismos. ¡Hasta mañana! Cuídate mucho.

No sé cuánto rato estuve echado frente a la reja; lo único que recuerdo es que fue el hambre la que me impulsó a volver donde mis compañeros.

Apenas me acerqué a ellos, Jote y los demás me examinaron de pies a cabeza.

—¿Cómo van tus heridas? —me preguntó mi amigo—. Debes mantenerlas limpias para que cicatricen. Claro que las heridas del corazón no van a cicatrizar si no te las lame Princesa. ¡Yo te lo advertí!

23

Aunque mi vida estaba llena de nuevas emociones, cuando nos quedábamos en silencio en la caseta del parque se me venía a la memoria lo que sucedió el primer día en que salimos con Gato sin la compañía de Chato. Fue un día muy especial, en el que Gato y yo permanecimos callados casi todo el tiempo.

—Qué raro me parece que Chato ya no esté con nosotros —me dijo Gato, rompiendo el silencio cuando regresábamos a nuestro hogar—. Siento que ya nada es igual. Nunca pensé que lo quisiera tanto.

Estaba pensando en que a mí me sucedía lo mismo, cuando Gato agregó:

—Esta noche saldré a dar una vuelta por los techos vecinos. He divisado en ellos a algunos gatos y quiero ver quiénes son.

—Me parece muy bien que vayas a darle una mirada a esos congéneres. Tú sabes que yo no puedo acompañarte por esos lados.

Después de esta conversación algo ocurrió. Gato y yo empezamos a distanciarnos cada día más. A veces él no llegaba a dormir y reaparecía un par de días después. Hubo veces que llegaba tan machucado que daba pena. Estaba claro que la vida en los techos no era apacible.

Una mañana Gato apareció medio bajoneado. Cuando le pregunté qué le pasaba me confesó sorprendentemente que

estaba enamorado y que ella no le daba ni pelota. Ella es muy bonita –me dijo–, pero anda con el gato que capitanea el grupo. Y yo no tengo por dónde ni cómo competir con él. Le pregunté entonces a Gato si ella vivía en una casa o en los techos. Me respondió que habitaba en un departamento de por ahí cerca, pero que prefería corretear por los techos.

Yo no salía de mi asombro. Gato nunca había hablado de gatas y en todas sus historias los protagonistas eran machos.

–Bueno –le aconsejé–, si no tienes posibilidades olvida tus emociones y pórtate como un gato racional.

Me quedó mirando como si le hubiera hablado en chino. Le expliqué:

–Amigo, tienes que pensar con la cabeza y no con el corazón.

Ahora sí que puso cara de película. Me preguntó:

–¿De dónde sacaste esas palabras?

–Se las oí a Chato, que las oyó en un programa de televisión en el que más lloraban que hablaban. Pero ¿sabes? también se las escuché a un hombre en cierta ocasión.

Sin cambiar su cara de extrañeza, me preguntó:

–¿Y cuando se está enamorado cómo se puede pensar en otra forma?

Así es que ahora el héroe de mil batallas no sabía qué hacer.

–No es muy sencillo –dije, apelando a mi entonces escasa experiencia– pues hay que portarse muy duro. No debes demostrarle tu interés por ella sino, que en lo posible, una total indiferencia. Sólo así podrás saber si ella se interesa realmente por ti. Si ella no hace nada, es porque de verdad



no le gustas. En ese caso lo único que te queda es virar en redondo y hacerte humo.

La expresión de Gato era ahora de reflexión. Dijo:

—Veo, entonces, que la he embarrado. Lo único que he hecho hasta ahora es demostrarle lo mucho que me gusta. Cada noche le llevo algún regalo. Y cada noche la encuentro más displicente. Tienes razón, haré lo que me dices. A partir de mañana ni siquiera pelearé por ella; peleas, por lo demás, en las que generalmente he sacado la peor parte. ¡Qué no se hable más del asunto! Está definida la estrategia a seguir, y como buen soldado seguiré las instrucciones de mis superiores.

Lo quedé mirando. Había recuperado sus aires de triunfador.

—Pero —afirmé— debes estar atento a sus reacciones. Es muy importante para saber qué harás después.

—No te preocupes. Fui entrenado para este tipo de misiones.

Lo miré, y ¡cuánto extrañaba a Chato! En estas situaciones nos mirábamos y sabíamos que ambos estábamos pensando lo mismo.

—Te deseo suerte, Gato —dije—. No olvides que siempre me tendrás aquí para escucharte y ayudarte.

—Estoy seguro de ello, amigo. También tú puedes contar siempre conmigo.

A los pocos días de esta conversación, Gato apareció una mañana sin machucones y con el rostro alegre.

—Tus consejos fueron sabios, amigo Perro —me dijo—. La gata de la que te hablé me confesó que no se había dado cuenta de lo mucho que yo le interesaba. Y todo porque

estuve muy displicente con ella y le corté los regalos. ¡No sabes cuánto me costó hacerlo! Para que te voy a decir una cosa por otra.

Mientras me hablaba, Gato sacaba pecho y volvía a tener ese aire de suficiencia tan suyo. Una extraña sensación de cariño y de ternura me invadió. De esto se trataba la amistad, de aceptar tanto las virtudes como los defectos del amigo.

—¿Por qué pones esa cara? —me preguntó Gato, al ver que me había puesto triste al pensar que seguramente mi amigo iba a abandonarme.

—Mira, Gato, si eres feliz, créeme, yo también lo seré. Debes permanecer junto a tu amada y ella debe convertirse en tu razón de vivir. Seguramente ella también te quiere mucho. Es una lástima que no podamos hacer lo mismo que los hombres; cuando se enamoran, estos se casan y viven juntos. Claro que la mayoría dura casado lo que el diablo dura en misa. Para ustedes no será difícil estar juntos —añadí—. Ella tiene su casa. Quizás no podrás vivir en ella, pero al menos podrás quedarte en el techo, y si te portas bien, a lo mejor sus amos te reciban. No te preocupes si no puedes venir para acá. Yo lo entenderé. Claro que si quieres visitarme de vez en cuando, esta es tu casa. Y no dejes de traer a tu novia para conocerla.

Los oblicuos ojos de Gato se entrecerraban al recibir la plena luz del sol. Había lágrimas en ellos. Y cuando puse mi cabeza al lado de la suya, me lamió el rostro diciéndome:

—Nos vemos, hermano. Uno de estos días la traeré para que la conozcas.

24

La lluvia me despertó al descargarse sobre el techo de la caseta del parque. ¡Qué lata! Justo ahora que a lo mejor viene Pedrito a la capital. Sé que Princesa se las arreglará para que yo lo vea. Ella es inteligente y muy segura de sí misma.

Pensé en despertar a Jote para que me acompañara a desayunar donde las Riquelme antes de la llegada de Princesa. Me había dormido sin comer nada. El día estuvo tan lleno de emociones que no sentí hambre. Finalmente decidí no despertar a Jote, que estaba como en el primer sueño, y arreglármelas solo.

La verdad es que no me fue fácil acabar con mi ayuno. Tuve que humillarme rompiendo una de esas bolsas negras que dejan frente a las casas.

La mañana avanzaba y Princesa no aparecía. Estaba poniéndome nervioso. ¿Le habría sucedido algo? Decidí ir a darme una vuelta frente a su casa.

No se veía a nadie. Y tampoco parecía haber movimiento en el interior. Me atreví a rasguñar la reja del antejardín, tal como lo hacía Princesa. ¡Al menos que alguien saliera a corretearme! Tal vez, pensé, no la dejan salir para evitar que se junte conmigo. ¿Me considerarán muy picante? Es cierto que algo de razón tienen. Yo ni siquiera sé de qué raza soy, si es que tengo alguna. ¿Y si es ella quien no quiere volver a verme?, me dije, deprimiéndome. A lo mejor la nana me ha visto por la ventana y debe haber dicho: "ahí está ese

roto mugriento, ¡qué se habrá imaginado!". ¿Cómo pedirle que al menos me deje divisar si es Pedrito, mi Pedrito, el que va a llegar a esta casa?

Terminé volviendo a la caseta para no complicarle la vida a Princesa.

Mis compañeros me observaron sin acercárseme. Salvo Jote y uno de ellos, que me habló:

—A lo mejor los amos de Princesa han salido fuera de la capital y la llevaron con ellos. A veces ella desaparece unos días y luego nos cuenta que la llevaron a pasear al campo. Puede que hoy haya pasado lo mismo. No te preocupes, seguramente mañana tendrás noticias de ella.

Yo tenía un nudo en la garganta y las orejas caídas. Pensar que el día anterior había sido tan emocionante y lleno de buenos augurios. Me eché en un rincón de la caseta para dormir, pues sólo deseaba que el día terminara lo más pronto posible. Parece que me había levantado con el pie izquierdo, como le oído decir a los humanos.

De pronto vi que Jote miraba con gran interés el horizonte y movía rápidamente su cola. Sí, era ella.

—Perdóname si te interrumpo —me dijo Princesa, con su melodiosa voz, entrando en la caseta—, a lo mejor ya estás por dormirte. Sólo venía a explicarte que estuve en el campo y a hablarte de Pedrito.

Temprano, esa mañana, su amo había partido con ella al campo, a casa de su hermana.

—Estaba muy preocupada por ti. No pude avisarte mi partida y, además, te extrañé durante todo el día. Y tus heridas ¿cómo están?

Salimos de la caseta para que ella me contara algo que dijo ser muy importante.

—Pedrito está en casa con su mamá. Ya es muy tarde y no creo que se halle despierto. No te imaginas todo lo que tuve que hacer para poder venir. Sería muy complicado intentar algo a esta hora. Te sugiero que mañana temprano me esperes en la puerta de mi casa. Inventaré algo para que lo veas y al fin puedas saber si es quien creemos, ¿te parece?

Me lo dijo con tanta dulzura que mi corazón saltaba en mi pecho, no sabía si por la emoción de estar a su lado o por la posibilidad de reencontrarme con Pedrito.

Le conté entonces que esa mañana había estado rondando su casa y que no había visto a nadie. Y que llegué a pensar con desesperación que todos estaban ocultándose y que ella no quería volver a verme.

Me miró con sus hermosos ojos pardos y me dijo:

—No está mal que hayas sufrido un poco. El dolor nos sirve para conocer nuestros verdaderos sentimientos. Tú y yo estamos aprendiendo a oír a nuestros corazones.

Para que no se hiciera más tarde, y a Princesa no se le crearan problemas, ambos regresamos al trote a su casa. Ya de vuelta en la caseta del parque me eché a dormir lleno de esperanzas.

El día amaneció despejado. Y antes de partir a casa de Princesa le comuniqué a Jote a lo que iba.

—Debes tomar con calma todo lo que vaya a suceder de aquí en adelante —me dijo al verme tan agitado—. Total, si el niño no es tu amito te queda nada menos que Princesa. ¡Qué más quieres, Perro, si ni siquiera te la mereces! —ter-

Un rato después, sentado ante la reja del antejardín, volvía a esperarla con el corazón saltándome en el pecho. De pronto se abrió la puerta de la casa y ella salió, me hizo una seña de que esperara y volvió a meterse en la casa. Tras unos minutos de insoportable espera apareció la nana seguida por Princesa y por un niño que parecía no entender lo que mi amada quería.

Parado en mis dos patas traseras me apoyé en la reja para que él pudiera verme bien. No había dudas. Era él, Pedrito. Claro que estaba más grande, pero era él. Por más que yo me hacía notar, él no miraba hacia donde yo me encontraba. La acariciaba a ella, con golpecitos en su preciosa cabeza, sin fijarse en mi presencia.

Por fin Princesa corrió hasta donde yo estaba y entonces él me quedó mirando. Al principio no me tomó muy en cuenta, pues sólo parecía interesarse por ella. Hasta que de pronto se me acercó y a través de la reja me ofreció lo que estaba comiendo. Era un trozo de pan dulce, que recibí lo más cuidadosamente que pude. No había olvidado que siempre que me daba algo de comer con sus propias manos yo lo recibía con la mayor suavidad posible.

—¿Eres tú? ¡No puede ser!

—¡Sí, sí! le decía yo, agitando feliz mi cola. Hasta que pareció comprenderlo porque me miró tan concentradamente que casi me hipnotizó. En eso se acercó la nana pidiéndole que tuviera cuidado, pues yo era un perro vago y podía ser peligroso. Pero él ya había abierto la puerta de la reja y me cogía la cabeza.

—¡Por Dios, Pedrito! ¡Que puede morderte!

—No, nana, no te preocupes. Es mi amigo. No me va a hacer nada.



desde el accidente en que mi papá murió. Ha pasado mucho tiempo pero nunca lo he olvidado. Fue mi primer amigo.

Princesa observaba la escena espectante. Parecía hechizada.

Mirándome a los ojos, Pedrito me preguntó:

—¿Te acuerdas cómo te llamábamos?

Cómo darle a entender que mi nombre era lo de menos.

Lo verdaderamente importante era que lo había encontrado.

—Llamaremos a mi mamá —dijo Pedrito cambiando de tema—; ¡qué sorpresa vamos a darle!

Me hizo entrar en la casa junto a Princesa y fue al teléfono.

—Te tengo una sorpresa, mamá. ¿Adivina quien está aquí!?

La madre no parecía entenderle de qué le estaba hablando.

Hasta que finalmente él dijo:

—¡Aquí, a mi lado, está Rocky!

Se notaba que la madre no le creía pues él insistía en describirme. Le hablaba de mis manchas en el pecho y en las orejas. Yo nunca había reparado en ellas.

—Es cierto —me dijo Princesa— que tienes esas manchas en las orejas y en el pecho. Son muy sexy...

—Lo primero que vamos a hacer —aclaró Pedrito colgando el teléfono y digiéndose a mí— es bañarte, y luego curarte esas heridas. Se ve que estás peleado con el agua y el jabón.

A los pocos minutos me encontraba en la bañera, a la que Pedrito le había echado cuanto cosa encontró a mano. Hasta vertió una colonia que me hizo arder las heridas. Enseguida, y muy cuidadosamente, me pasó un cepillo por el pelaje y luego me puso frente a un espejo. No me reconocí, no era yo. Princesa me miraba.

—Voy a tener que estar muy alerta —decía sonriendo—. Hay por estos barrios unas perras muy frescas. Además, oigo que te llamas Rocky. Con ese nombre y esa pinta matas.

A mi ama la reconocí apenas llegó. Me acordé de su perfume y de la última vez que había estado con ella, cuando le ensucié el vestido. Se la veía muy elegante, así es que esta vez me acerqué a ella con mucha prudencia, demostrándole mi felicidad sólo con mi cola.

—¡Sí, eres mi pobre Rocky! —dijo mi ama sentándose—. ¿Y cómo es que estás aquí? Yo te dejé en casa de unos parientes que en más de una ocasión me aseguraron de que te hallabas muy bien.

Aparecieron lágrimas en sus ojos.

—Eres parte de un pasado feliz, de mis lindos recuerdos. Perdóname, Rocky. Nunca debí dejarte con otras personas. Te hemos extrañado. No te apartarás nunca más de nosotros. Lo prometo.

Me tomó la cabeza con tanta fuerza que me hizo doler una de las cicatrices. Pero yo entendía su gesto. Pedrito se acercó y nos abrazó a ambos. Princesa nos observaba. No sabía si su rostro expresaba alegría o tristeza.

Pasado un rato, y cuando todo estuvo en calma, me eché junto a Princesa y le pregunté qué le sucedía pues no la notaba contenta.

—Estoy feliz por ti. Pero veo que van a llevarte con ellos y que ya no nos veremos más. O muy a lo lejos.

Yo no lo había pensado. Una extraña angustia me invadió. En eso mi ama se levantó de su silla y dijo, dirigiéndose a mí:

—Volveré a buscarte más tarde para que nos vayamos al campo.

Sus palabras me llenaron de confusión. Sentía alegría y pena al mismo tiempo. Miré a Pedrito. Se lo veía muy contento. Hacía planes para mí en el campo y le pedía a su mamá que me comprara un collar.

Apenas salió mi ama le pregunté a Princesa si podría ir a despedirme de mis amigos de la caseta. Ella me dijo que no era fácil pero que lo intentáramos: ella me acompañaría.

Pedrito se dio cuenta, por nuestra actitud, que queríamos salir.

—Mmm, veo que quieren ir a dar una vuelta por ahí —dijo—. Yo los acompañaré. Y tú, Rocky, no olvides que ahora ya no eres un perro vago. Saldremos a dar un paseo.

Casi al trote, guiamos a Pedrito hasta la caseta del parque.

Jote nos miró asombrado. Igual cosa les ocurrió a los demás perros.

—¿Qué te pasó amigo? —me preguntó uno de ellos—. ¿Te agarró Sanidad?

—Encontré a Pedrito —dije simplemente, como si todos supieran lo que esto significaba—. Se los presento.

Mi amito los miraba algo temeroso.

—¡No te imaginas, Perro, lo que me alegro! —exclamó Jote—. Te lo mereces. Seguramente ahora vas a tener un hogar.

Pedrito se había alejado y correteaba con Princesa por las cercanías de la pileta. Le conté entonces a Jote que casi con seguridad me iría al campo y que tal vez ya no nos veríamos más.

—¿Qué le vamos a hacer! —dijo Jote, con resignación—. Todo

lo que comienza tiene un final. Lo importante es que sea un buen final. Y a propósito, ahora debes saber cómo te llamas...

Le di mi nombre.

—Yo seguiré llamándote Perro —dijo Jote—. Así quiero recordarte. —Hasta luego, amigo. Y cuida mucho a Princesa... ¡Yo te lo advertí!

Camino a casa, Pedrito me habló cariñosamente:

—¿Te despediste de tus amigos? Donde vamos a vivir no te será fácil hacerte de amigos. Pero lo pasaremos igual de bien.

Princesa y yo callábamos. Una nube de tristeza pesaba sobre ambos. ¡Cómo era posible que fuera a perderla! No, me dije, no iré a ningún lado sin ella. Aunque me quede sin hogar, prefiero permanecer acá. Había tomado una resolución y cuando la tomo nada me hace volver atrás.

Ya en casa de Princesa ambos nos echamos en un rincón del living.

—Escúchame bien lo que voy a decirte —dije—. No voy a dejarte por nada del mundo. No me iré al campo. Si tengo que volver a la caseta, lo haré, pero no quedarás sola.

—Yo puedo vivir en el parque contigo —murmuró ella—. Tampoco quiero dejarte...

Sus ojos tenían un brillo que no había visto nunca. Su aroma me envolvía.

—¿Decidido? —le pregunté.

—Decidido.

—Mira —continuó—, cuando mi ama esté cargando su auto para partir al campo, nosotros desaparecemos. Mis amigos

—De acuerdo. Lo siento sobre todo por Pedrito. Pero seguramente lo va a entender cuando sea mayor. Un día conocerá a alguien y sentirá lo que nosotros sentimos.

En eso estábamos cuando llegaron los amos de Princesa con mi ama. Pedrito se me acercó, y mientras me acariciaba decía que en el campo me tendría una casita igual a la que tuve en la ciudad. Agregaba que saldríamos a pasear por unos cerros llenos de árboles y mucho verde. Que iríamos a cazar conejos...

—Creo que es mejor que te vayas con ellos —me dijo Princesa repentinamente y en voz baja—. Allá no te faltará nada. Es un lugar muy bonito. Te darán muy bien de comer y nunca pasarás frío. Y podrás salir a correr y a jugar tranquilo, sin que nadie te moleste.

—¿Estás loca? Todo lo que quiero está aquí, donde tú te encuentras. ¡No hablemos más del tema!

Mis palabras parecían hacerla feliz. Yo me sentía flotando en el aire. Estábamos mirándonos, muy juntos, cuando escuchamos que su amo le decía a mi ama:

—Creo que a Princesa le haría muy bien el campo. Acá se está apestando un poco. Se está poniendo muy callejera y un día de estos la van atropellar. ¿Qué te parece si te la llevas con Rocky al campo?

Quedamos de una pieza. No podíamos creer lo que oíamos. Nuestras miradas se posaron en mi ama, en espera de su respuesta. Ella contempló a Princesa y tardó en contestar. Finalmente dijo:

—Es cierto. Tal vez allá se haga más hogareña... Pero, ¿qué dirán tus hijos?

—A los jóvenes de hoy poco les importan sus padres. La verdad es que ellos vienen a vernos cada día menos. Y cuando están aquí, no duran ni cinco minutos en la casa. Lo entenderán.

Mi ama se dirigió a Pedrito:

—Y a ti —preguntó—, ¿te gustaría que Princesa se fuera con nosotros?

—¡Sí, claro que sí! Qué buena idea, mamá. Además, como son tan amigos, a lo mejor se casan.

Todos estallaron en risa. Con Princesa nos mirábamos sin poder creer lo que oíamos.

25

El automóvil rodaba ya por la carretera, con mi ama al volante, Pedrito a su lado, y nosotros atrás. Ambos permanecíamos callados, pensando cada uno en lo que habíamos dejado. En mis recuerdos aparecía la imagen de Gato, diciéndome que ya no volvería a verme porque se iría a vivir con su gata. Y mi creciente amistad con Jote, hasta el día en que llegaron los hombres de casco y nos pusimos de acuerdo para buscar nuevos rumbos. Yo le había pedido hacernos acompañar por Pailas y él generosamente aceptó porque lo veía tan desamparado como yo. Jamás se nos hubiera ocurrido que tenía un hijo, al que, por lo demás, entonces él no conocía.

Princesa, por su parte, también pensaba en mis amigos. Y en sus compañeros del parque. Los extrañaría, especialmente a Jote, me comentó, pues éste nunca le había faltado el respeto. La miré receloso, pero ella me aclaró de inmediato que sólo se trataba de amistad.

—No te pongas celoso, Rocky. Tú has sido el único que ha entrado en mi corazón desde el primer día en que te vi. La verdad es que no sé por qué, pero es un hecho.

En eso estábamos, cuando Pedrito exclamó:

—¡Miren, Princesa y Rocky: ya puede verse nuestra casa!

En medio de un prado iluminado por las últimas luces del atardecer se destacaba una casa de muchas ventanas. Desde una de las chimeneas ascendía una generosa columna